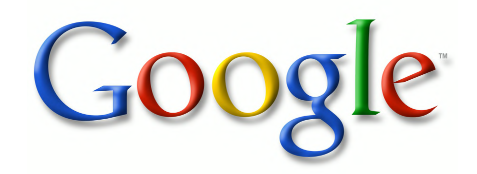



834.4
His



HISTORIA DE FLORES Y BLANCA FLOR

de su descendencia y de sus firmes amores, y de la grande lealtad que hubo entre ellos, y de cuantos peligros y trabajos pasaron en el tiempo de sus amores, siendo Flores Moro, y Blanca Flor Cristiana. Y de como per voluntad de Dios nuestro Señor se convirtió Flores à los Mandamientos de Dios, y de nuestra Santa Madre Iglesia por intercesion de Blanca Flor; y de como se casaron, y succedieron Reyes en España, y de como convirtieron à toda España á la Fe de nuestro Señor Jesu-cristo, y de como despues fueron Emperadores de Roma, segun adelante mas claro se podrá ver.

Habia en la Imperial de Roma un hombre muy noble y virtuoso, el cual era muy rico y poderoso, y Señor de mu-

chos y grandes Lugares, Villas y Castillos, y mas que mandaba la mayor parte de Roma, y se llamaba Micer-Persio, el cual le bablavan de muchas mugeres para haberse de casar, entre las cuales habia una que era muy noble doncella, la cual era de muy gran linage, hija del Marques de Ferrara, sobrina del Duque de Milán; y por muerte de su padre y de su madre quedó por curador el Duque de Milán su tio, á la cual llamaban Topacia, y era tanta su gracia y gentileza, que en todo el Imperio no habia otra tal. Y como Micer-Persio viese su bondad y hermosura de aquella doncella, la amó tanto en su corazon, que acordó de ir á la ciudad de Milán, por ver aquella de quien él por oidas estaba enamorado, y luego lo pusieron por obra, y mandó armar dos Naos gruesas, y mandó poner en ellas todas las vituallas necesarias para la mar, y cuando todo fue á punto, buscó en sus tierras la gente mas principal que en ellas habia, y contóles su deliberacion, por lo cual todos fueron muy contentos de ir con él; y así entraron en las Naos, y se partieron de como para ir á Milán, y luego á nuestro Señor, que les hizo tan buen tiempo que en breves jornadas llegó con muy grande placer y alegría al muelle de Genova, porque allí habia de desembarcar para ir á la ciudad de Milán, y como los ciudadanos y grandes Señores de Genova vieron llegar estas dos Naos en el Puerto, procuraron saber de quien eran, y de donde venian, y Micer-Persio envió al Gobernador de Genova que les guiase, haciéndole saber como él venia de Roma, é iba á la ciudad de Milán, y así les fue dado el viage. Y sabiendo el Gobernador como Micer-Persio era pariente del Emperador, hizo llamar á todos los nobles hombres de la ciudad, y con ellos los salió á recibir con mucha honra, y aposentaron con mucha diligencia á él, y á todos los que con él venian, é hicieronle mucha honra, y así los caballeros, y nobles hombres y ciudadanos de la ciudad de Genova, como las demas gentes comunes de la ciudad; y así estuvo con toda su compañía quince dias ó mas, por cuanto venia muy fatigado de la mar. Y deliberando de partirse para Milán, envió sus Embajadores al Duque, diciendole, como Micer-Persio era llegado á la ciudad de Genova, y que queria ir á la ciudad de Milán, para hacerle reverencia. Y asi como el Duque supo de Micer-Persio era llegado en sus tierras, lo salió á recibir una jornada de la ciudad con mucha gente, así de pie como de á caballo, por ser él muy cercano pariente del Emperador, y así lo recibió con mucho honor, y como el Duque y Micer-Persio se vieron, se hicieron, gran-

des fiestas, y cada uno de ellos se quizo apear por hacerse cumplida cortesía: mas el uno al otro no consintieron; pero á caballo se abrazaron con mucho amor, y así se fueron ambos mano á mano hasta la ciudad de Milán; y el Duque no quiso que Micer-Persio posase en posada sino en su mismo Palacio, y mandó dar á todos los suyos muy buenas posadas, y mandó pregonar el Duque por toda la ciudad de Milán; que ninguno fuese osado, so pena de la vida, hacerles pagar cosa ninguna que Micer-Persio comprase, ni ninguno de los suyos, así vituallas, como brocados, sedas, y cualquiera cosa les fuese dada libremente, y que viniesen al Tesoro del Duque, y que el Tesorero les haria la paga llana: así el Duque no consintió que en sus tierras gastasen cosa ninguna en todo el tiempo que allí estuviesen. Y como el Duque, y Micer-Persio hubieron estado algunos dias, ya Micer-Persio habia visto muchas veces á Topacia, y le habia parecido muy bien. Y yendo los dos un dia á caza, Micer-Persio dijo al Duque: Ilustrisimo Señor, la causa porque yo he venido á esta ciudad, es por la fama de las virtudes y nobleza de Topacia vuestra sobrina, y como haya visto, y conocido ser mas las virtudes y nobleza de lo que á mí me habian contado, por cuanto los dias pasados vuestra Señoria me habló sobre si queria casarme con ella digo así: que si vuestra Señoría es contento de ello, yo tambien lo estoy, y aquesto lo hago por dos maneras: la primera, por ligar con parentesco con vuestra Señoría; y la otra, por las virtudes y grande nobleza de Topacia: soy contento, si vuestra Señoria consiente que ella sea Señora de mí y de mis bienes. Viendo el Duque la justa razon de Micer-Persio, no se tardó en responderle, diciéndole así: Muy noble y muy virtuoso Señor, á mucha gracia tengo oir tales razones de vuestra Señoría, á mi muy agradable es que como quiera que mi deseo no fuera otro, sino ver á Topacia mi sobrina, hija del Marqués de Ferrara, hermana mia carnal, colocada por via de casamiento con vuestra Señoría, yo soy el que gano mucho en ello, y me tengo por el mas dichoso hombre de todo el mundo, y no menos lo está mi sobrina Topacia. Y dichas estas palabras, se dieron las manos, y firmaron el casamiento el Duque de Milán y Micer-Persio, y aseguraron la jornada por el otro dia para hacer los desposorios, que la Misa en Roma la habian de oir. Y como todo esto fue aderazado, el Duque se fue para Topacia á hacerle saber como la habia casado con Micer-Persio, y díjole de esta manera: Carísima hija mia, yo os traigo nuevas que pienso os

contentarán, y son: que he firmado matrimonio de vos con Micer-Persio, sobrino del Emperador de Roma, el cual señorea la mayor parte del Imperio Romano; por lo cual os podeis tener por la mas dichosa muger de todo vuestro linage. Oyendo Topacia semejantes razones, le respondió con mucha humildad: Yo, señor Tio, tengo por bien hecho lo que vuestra señoria haya hecho, y de mí haya ordenado, como no tengo otro padre, ni haya tenido sino á vuestra Señoría, y así tengo por bien hecho lo que vuestra Señoría por mi ha firmado, y besó las manos al Duque su Tio, teniéndoselo á gran merced, y el Duque luego la mandó aderasar muy ricamente para los desposorios; y cuando fue aderezada, hizo venir á todos los varones y hembras nobles del Ducado de Ferrara para darles parte del negocio. Y cuando los tuvo juntos, les hizo este razonamiento: Caballeros y nobles hombres, á lo que yo os he hecho venir es para que sepais como he firmado casamiento de vuestra señora Topacia, mi sobrina, con Micer-Persio, sobrino del Emperador: y porque cada uno diga su parecer, os he hecho venir aquí. A lo cual respondieron todos à una, que ellos se tenian por bien dichosos en tener tan poderoso Señor, y así se levantaron para èl, y fueron à obedecerle por Señor.

De como desposaron à Micer-Persio con Topacia, hija del Duque de Ferrara, y de las grandes fiestas que se hicieron.

El Duque cuando vido la buena respuesta de los Caballeros, mandó venir un Notario que hiciese las cartas, segun que se acostumbraba; y por cuanto no tenia Padre, quiso el Duque que ella misma se dotase con licencia: Y de esta manera se dotó ella en cien mil ducados de oro, sin las Ciudades, Villas y Lugares que su Padre le habia dejado, y otras muchas joyas de oro, plata, perlas y piedras que valian otro tanto más: y recibidas las cartas del matrimonio, el Obispo los desposó en presencia de todos los Caballeros y nobles hombres que alli eran: y el Duque les hizo muy grandes mercedes, y Micer-Persio dió à Topacia una muy rica cadena, toda guarnecida de piedras preciosas y perlas, que no se podia numerar su valor, y con ella un precioso anillo, con que los desposaron, el cual era estimado en mas de diez mil ducados. Y el Duque su tio hizo venir muchos instrumentos de diversas maneras, y las fiestas fueron muy ricas de muchas justas y torneos, y de otras muchas cosas, segun tales personas requerian, que tanto era el amor que el

Duque tenia á Topacia, que no sabia en qué cosa la complaciese, porque la habia criada en lugar de hija, y ella amaba à èl no menos, porque no habia conocido otro Padre sino èl. En esto pasaron algunos dias en las fiestas; y un dia estando el Duque y Micer-Persio en un vergel donde se andaban paseando, acordó Micer-Persio de demandar licencia al Duque para irse à Roma con el Emperador su tio. El Duque por hacerle cumplida honra, dijo, que èl era tan contento, pero que queria acompañarle hasta la ciudad de Roma.

De como partió Micer-Persio, y la señora Topacia y el Duque de Milán para ir á ver al Emperador.

Mandó luego el Duque armar Naos y Galeras con mucha gente, así de honor como de armas, y marineros, y artillería, como de todas las vituallas, y cosas que eran necesarias para su servicio, y de sus gentes, del dicho Micer-Persio y Topacia su muger; y así proveido de todo lo necesario, el Duque y Micer-Persio se partieron de Milán para ir á Génova á embarcarse con placer, y con muy rica compañía, y el Duque envió sus correos al Gobernador y Consules de Génova, haciéndoles saber como iba con Micer-Persio, y con su sobrina Topacia, por acompañarlos hasta la ciudad de Roma. Y así del Gobernador como de los Ciudadanos fueron bien recibidos, y aposentados en la ciudad de Génova, y se holgaron allí muchos dias; y luego mandó el Duque à todos los que iban en su compañía que se embarcasen; y así embarcada toda la gente, se embarcó el Duque, y Micer-Persio, y Topacia su muger: y todos embarcados hicieron vela à la vuelta de Roma; y Dios nuestro Señor les dió tan buen viento, que en poco tiempo llegaron á Ostia, que es en la Fuimada de Roma, y allí siguió toda la Armada, y Micer-Persio envió á decir al Emperador su Tio, como era en Ostia con el Duque de Milán, que le venia à acompañar à èl y à su muger. Cuando el Emperador supo que su sobrino Micer-Persio con su muger, y el Duque de Milán estaban cerca de Roma, hubo mucho placer, y mando aderesar toda la ciudad; mandó llamar todos los Caballeros, y ricos hombres de la ciudad, para ir à recibir à Micer-Persio, y al Duque de Milán, y à Topacia su sobrina. Y asi salió el Emperador con muy gran caballería, y muy ricamente aderezados á recibir al Duque, à Micer-Pesio, y à su muger. Así salieron dos leguas fuera de la ciudad de Roma, è hizo el Emperador al Duque mucha honra, y gran cortesía; y así como los vido, los abrazó, y los besó en la cara, y así fueron los dos mano à mano

hasta la Ciudad de Roma. Y como el Emperador supo la mucha honra que el Duque habia hecho à Micer-Persio, que no le habia dejado gastar ninguna cosa, así mandó el Emperador que de todas cuantas cosas el Duque hubiese menester en todas sus tierras, asi mismo à toda su gente, no les fuese tomada en ninguna manera paga, so pena de la vida al que lo hiciese: Mandó aposentar el Duque y à toda su gente muy honradamente en las mejores posadas de la Ciudad de Roma, y el Emperador puso blanco, para que allí todo lo que el Duque comprase, ó los suyos, que vendiesen, que les seria hecho rason. Y cómo hubieron reposado quince ó veinte dias, hizo aderezar el Emperador, y poner en órden todas las cosas necesarias para las bodas de Micer-Persio, y que el dia de las bodas dijese la Misa el Santo Padre en la Capilla de S. Pedro, por hacerle mayor fiesta. Y así oida la Misa, convidó el Emperador al Santo Padre à comer con él, y à todos los Cardenales y Obispos que allí se hallaban aquel dia. Las fiestas fueron tan grandes y tan ricas, que no hay hombres que las puedan contar. Y acabadas las fiestas, el Duque pidió por merced al Papa y al Emperador le mandáse mostrar las santas Reliquias de Roma, de que fueron muy contentos de hacerlas ver. Y luego el Santo Padre con toda su clerecía con gran solemnidad le mostraron los Santuarios y Reliquias. Y acabado todo esto, pidió por merced el Duque al Padre Santo y al Emperador, le diesen licencia que èl se queria irse á su tierra, de lo qual fueron muy contentos. Y el Santo Padre le mandó dar ciertas Reliquias que llevase consigo à su tierra, y el Duque le dijo, que le besaba la mano à su Santidad por tan grande merced como le hacia, y así se despidió del Santo Padre, del Emperador, de Micer-Persio y de Topacia su sobrina. Y el Emperador salió con Micer-Persió con toda su Córte, y con otros muchos Cardenales y cortesanos à seis millas de la Ciudad de Roma, por acompañar al Duque de Milán, y así vino por tierra hasta Civita Vieja, en donde fué hecho gran recibimiento por mandado del Emperador y del Santo Padre: estuvo allí dos dias, hasta que toda la gente fue embarcada, y así se despidió de todos los caballeros de la Ciudad, y recogidos en sus Naos, hicieron vela hácia la vuelta de Milán.

De como Micer-Persio y Topacia su muger quedaron en Roma, y de las cosas que pasaron entre ellos.

Como Micer-Persio volvió à Roma, y buscaba todas aquellas cosas, con las cuales Topacia su muger pudiese alegrarse, y tomar algun placer por la mucha y grande virtud que en ella co-

noeia, y vivian en tanta paz y concordia, que no habia ninguna cosa en este mundo que ella hiciese, que por su marido le fuese retraida, antes todo lo que ella hacia era hecho, que Micer-Persio no miraba cosa ninguna mas de en agradecerla y tenerla contenta porque no habia cosa en el mundo que tanto quisiese como á ella. Y así estuvieron por espacio de cuatro años, que nunca se hizo preñado, siendo la cosa que ellos mas deseaban, y Micer-Persio dijo: Muy cara y amada Señora, el mayor deseo que tengo es (si á Dios nuestro Señor plugiese) que nos diese un hijo, ó una hija para que sucediese en nuestra tierra; pero sin duda tengo creido, que haya entre nosotros algun pecado, por el cual nuestro Señor no quiere oir nuestras oraciones. Fueron de tanta tristeza para la Duquesa aquellas palabras, que toda se vino á demudar, que si él tenia gran tristeza, ella tenia grande enojo de continuo, y díjole: Señor, no me parece cosa discreta el enojarse tanto por lo que Dios hace, porque muchas veces es mejor carecer de hijos que tenerlos, y mas salvacion para el Padre y Madre; donde mas se han de ver en peligro y necesidad por ellos. Pues dónde, Señor, no habemos de pedir á nuestro Señor, sino que primeramente nos dé su gracia para que le sirvamos, y gracia para podernos salvar; y tenga vuestra Señoría confianza en Dios, y en el Bienaventurado Apostol Santiago, al cual de buen corazon roguemos, para que sea nuestro intercesor delante del conspecto Divino. Viendo Micer-Persio las discretas razones de su muger, y viendo que ella decia todo lo que se podia decir, mudó el razonamiento, y no cesaron de hacer muchas limosnas y obras meritorias así como de antes hacian, y con devotas oraciones rogaban al Apostol Santiago de Galicia, les quisiese ayudar y rogar á nuestro Señor les quisiese dar fruto de bendicion para que heredase todas sus tierras, porque no fuese de extraño Señor. Y siéndoles tan devotos, prometieron al Glorioso Apostol Santiago, que en sintiendose preñada irian en romería á su Santa Casa, sin compañia ninguna, y le ofrecerian muchas dádivas, y casarian huérfanas, y harian otras muchas limosnas y muchos bienes á los pobres.

De como apareció en sueños á Topacia un Angel, y de las cosas que le dijo.

Estando Topacia, y Micer-Persio en este tiempo los mas desconsolados que se pueden pensar, por verse sin hijos, no

muchos dias despues que hicieron el prometimiento, estando Topacia en su cámara, le fue revelado de noche por el Angel de Dios, diciendo: Topacia, vuestras rogativas han sido oidas delante de nuestro Señor, por intercesion del Apostol Santiago: y sabe, qué si tú has criatura alguna, te ha de venir gran daño, que á Dios nuestro Señor no place que tú, ni tu marido no hayais criatura, porque no os vendrá provecho ninguno. Y estando diciendo el Angel estas palabras ella se turbó: pero esforzándose mucho volvió en sí, y rogó muy devotamente al Angel le diese alguna señal para que su marido diese fe á lo que decia. El Angel de Dios le respondió, que no era menester señal, que aquesto bastaba que bien lo creeria. Y luego por la mañana se levantó Topacia, y se fue para donde estaba Micer-Persio en su cámara, y contóle todo lo que le habia pasado, de lo que fue muy maravillado: mas parecióle que debia ser algun sueño variable; pero como quiera que temia á Dios, y sus Mandamientos, pensó mucho en lo que su muger le habia dicho, y dijole: Señora, vuesa merced no debe dar crédito en los sueños que son variables, y vienen de gran flaqueza: mas si quereis mi parecer es remitirlo á la potencia de Dios, y que el haga lo que mas á su servicio sea. Y viendo nuestro Señor la buena voluntad y gran humildad de Micer-Persio, envió otra vez el Angel á Topacia, diciéndole que á Dios era agradable que concibiese, y darles cosas con que se alegrasen, y que no dudase que ella concebiria, y no tardaria mucho tiempo, y así dió gracias á nuestro Señor y al Angel, y por la gracia que le habia hecho, otorgándole Dios aquello que tanto deseaba por estar bien y en amor con su marido. Luego en la mañana contó todo aquello que el Angel le habia dicho á su marido, y sabido por él dió muy humildemente gracias á Dios, que así le habia querido oir, y hacerle tanta gracia de cumplir lo que por él tanto era deseado, y luego en continente deliberó cumplir lo que á Dios y al Apostol Santiago habia prometido, y dijo á su muger Topacia: Señora, pues que Dios y su bendita Madre por intercesion del Apostol Santiago, nos ha hecho tanta gracia (aunque indignos) de oir nuestras rogativas, y de darnos aquello que tanto deseamos, cumple que pongamos por obra lo que teniamos prometido. Y Topacia respondió, que era mucha razon, y que si su merced mandaba, que lo pusiese luego por obra, antes que ella fuese mas pesada, porque mejor le pudiese cumplir, y con menos trabajo. Y luego mandó Micer-Persio á tres Plateros, que te-

nian muy gran fama en Roma, que eran aquellos los mas sutiles, que le hiciesen una Imagen de oro, que pesase tres marcos, à honor y reverencia del Señor Santiago. Y asimismo mandó labrar un paño de hilo de oro tirado, el mas rico que se pudo labrar; y acabado todo esto, mandó venir à todos sus familiares que tenian en gobernacion de sus tierras, à los cuales hizo el razonamiento siguiente: Señores parientes y amigos mios y leales vasallos, ya sabeis cuanta merced nos ha hecho nuestro Señor á intercesion del Apostol Santiago, que cumplió lo que Topacia y yo tanto deseamos. Deliberamos, si à Dios pluguiese, y al Apostol Santiago, en ir en romería à su bendita casa, y de hacerle un presente de aquello que Dios nos ha dado, y deliberamos no llevar con nosotros otra compañía ninguna, salvo la de Dios, y así vamos como pobres peregrinos: por tanto os ruego que mireis mis Tierras y Vasallos, y que los tengais en justicia, como hasta ahora habeis hecho. Y así se despidieron de ellos, y mandó hacer unas esclavinas, una para él, y otra para su muger, sendos bordones, como los Romeros suelen traer.

De como Micer-Persio, y Topacia su muger fueron en romería; y de como fueron cautivos de Moros.

Asi comenzaron su viage, aunque hacia gran calor, y en especial para personas delicadas como ellos lo eran andando así con gran trabajo, llegaron por sus jornadas à España, en el cual tiempo era la mayor parte de España de Moros; y como Topacia fuese delicada, y la calor y sed los fatigase, dijo á Micer-Persio, que fuesen á un prado que cerca de allí habia, à tomar la siesta, en la cual hallaron una fuente que salia de una peña muy fria y dulce, y acordaron de reposar allí hasta que fuese pasada la calor. Dice la Historia, que el Rey de Galicia y el de Portugal eran Cristianos, y daban cierto tributo à Felice Moro Rey de España. En este tiempo aquel Rey Moro envió à los dos Reyes Cristianos; es á saber, al Rey de Portugal y al Rey de Galicia, por las parias que le acostumbraban dar, y que sino las quisieran dar que los desafiaba para el primer dia de Agosto, que para aquel dia entendia de darles campo, y de tomarles sus tierras, sojusgarlos debajo de su Señoría. Oida la Embajada por el Rey de Galicia, y el de Portugal, ellos le dieron por respuesta á los Embajadores Moros, que se fuesen de sus tierras mucho enhorabuena, que ellos no de-

liberaban de darle, ni pagarle el tal tributo; pero que confiaban en Dios, que el tributo que Felice habia llevado en los tiempos pasados, que él se lo haria tornar, ó le ganaria sus tierras, y le sojuzgaria á su Señorío. Recibida la respuesta los Embajadores, ellos se despidieron del Rey de Galicia, y se fueron para el Rey Felice, y le dieron la respuesta de su Embajada, diciéndole, como el Rey de Galicia no estaba en disposicion de darle las parias acostumbradas, antes pretendia, no tan solamente defenderlas, mas que cobrar de las que hasta allí habia llevado en sus tierras. Oida la respuesta de su Embajada, el Rey Felice tuvo tanto enojo, que no habia hombre que se le parase delante, y mandó luego apercibir su gente, y pregonar la guerra à fuego y à sangre contra el Rey de Galicia, y el de Portugal. Y así como su Egército se juntó, y su Armada, hizo juramento que todos quantos Cristianos le viniesen delante, que él los pasaria por la espada, y que à ninguno dejaria la vida; y así lo puso por obra, y mandó à sus Capitanes, que lo egecutasen, y con este voto se partió de sus tierras contra el Rey de Galicia, y el de Portugal. Y como la fortuna no es segura à los hombres, en aquel tiempo vino el Rey Felice à poner su campo en aquel prado donde estaba reposando Micer-Persio. Y como la vanguardia iba una gran pieza delante del grande Egército, no tuvieron sentimiento ninguno de la Armada, de manera que allí fueron cogidos Micer-Persio, y Topacia de la gente del Rey Felice, y fueron interrogados por un Capitan si eran Cristianos, ó nó: y Micer-Persio, y Topacia, por no negar la Fe de Jesucristo, dijeron que sí, que ellos eran Cristianos, pero que no eran de aquella tierra, y que eran de Roma, vasallos del Emperador, y que iban en romería à Santiago. Y luego cruelmente mandó el Capitan matar à Micer-Persio, sin ninguna piedad: y como las calidades de las mugeres naturalmente sea muy apacible, y amigables à los hombres, viendo que Topacia era tan gentil, y tan noble criatura, con consentimiento de su compañia, deliberó de no matarla, sino de hacer un presente al Rey Felice su Señor. Y como el Rey fue llegado al campo, hicieron presente de Topacia, y el Rey cuando la vió tan gentil y discreta, y de tan buena crianza, agradecióles mucho el presente que le habian hecho sus gentes, y mandó luego el Rey à un Caballero suyo, que luego se partiese á la Ciudad de Cabeza del Griego, adonde estaba la Reyna su muger, para enviarle á Topacia, y mandó el Rey á un Capitan, que se decia Muza, que

acompañase al Caballero, y á Topacia hasta donde estaba la Reyna, á la cual escribió en la manera siguiente.

Carta del Rey á la Reyna.

Muger cara y virtuosa, porque creo que os alegrareis de tal presente como este, el cual es una cautiva Cristiana, acordé de enviárosla, la cual tomaron mis guardias con un Cristiano; hombre de mucho valor, y por el voto que tengo hecho de á todos los Cristianos que en mis manos cayeren, de pasarlos á cuchillo, mataron á su marido, y porque me pareció ella ser de buena parte, y por ser tan gentil, acordé de dejarla para vuestro servicio. En espacio de dia y medio llegaron donde la Reina estaba en la Ciudad de Cabeza del Griego, y en llegando el Caballero allí se fue al Palacio á besar la mano á la Reina, y hacer su Embajada, diciéndole: Muy poderosa Señora, el Rey mi Señor me embia á vuestra Alteza con esta cautiva Cristiana, la cual ha tomado en este viage, y por ser tan hermosa y tan discreta no ha querido matarla, sino guardarla para que vuestra Alteza se sirva de ella. Y como la Reyna vió la Cristiana, hizola descubrir que venia tapada, y en viendola su hemosura, y gentileza, fue muy alegre, y se lo tuvo en grande merced al Rey, y agradeciólo mucho al Caballero que la habia traido. Tanta era la hermosura de Topacia, que la Reina no se hartaba de mirarla. Y como quiera que Topacia se habia visto tan gran Señora, y servida, y se viese servidora, y cautiva, era tanta su tristeza que los ojos se le volvian fuentes de agua, y de ninguna cosa del mundo se podia alegrar, diciendo palabras de gran dolor, y maldiciendo la fortuna que tan mal la habia tratado: O fortuna desigual! O mal sin remedio! O Topacia, en que mal signo fuiste nacida! O mala hora! O que Planeta infortunado ha corrido sobre ti! Que pecados fueron los tuyos? Qué ofenzas hice á Dios por donde te vino tan mal? Hante muerto á tu marido, y tu señor, que jamas lo esperas de cobrar. Tus dias son muy pocos; mas te valiera morir que vivir en tanto dolor. Qué es de tus riquezas, tus juyeles, tus tesoros? Qué es de tus vasallos que nunca mas te verán! Que es de tus damas y tus criados? Donde son tus señores? Qué hará el Duque tu tio? O fortuna infortunada! Por qué me has tratado tan mal? Viendo la Reina la gran congoja y dolor que Topacia tenia, y las cosas que por su boca se

dejaba decir, que no habia persona en el mundo á quien no quebrase el corazon, tuvo tan gran piedad de ella la Reina, que comenzo á consolarle y decirle de esta manera: Hermana mia, basta ya lo que habeis hecho, ni os fatigueis, ni maltrateis vuestra delicada persona; mas yo os ruego mucho, que no me negueis la verdad de lo que por mí os fuere preguntado, que por Mahoma os prometo que seais tratada como mi misma persona, y con tanto amor como si fuesedes mi hermana; y lo que os quiero demandar es de donde sois natural? Que vuestro rostro os da que sois de muy buena parte. Y Topacia le respondió llorando muy afligida: Sepa vuestra Alteza que yo soy Cristiana, hija del Marques de Ferrara, sobrino del Duque de Milán, y fui casada con un sobrino del Emperador de Roma que se llamaba Micer Persio, que era señor de la mayor parte del Imperio Romano, y yendo en romería al Señor Santiago de Galicia, la gente del Rey Felice me le ha muerto: y esto, Señora, puede creer muy bien vuestra Alteza, que es la verdad de lo que me ha preguntado. Sabiendo la Reyna la verdad del hecho de Topacia, mandó luego le hiciesen ropas para vestirse, y Topacia pidió por merced à la Reyna que ninguna ropa ni vestidura para ella fuese de color, ni brocado, ni se la mandase vestir, ni traer consigo, pues su fortuna asi lo habia querido, que habia perdido lo que nunca jamas esperaba cobrar: mas si à su Alteza le pluguiese, y tanta merced le queria hacer, que la mandase vestir de un paño negro, el mas tosco que se pudiese hallar, y que aquello le convenia traer. Y la Reina para contentarla lo mandó hacer así; y coma la Reina la vió vestida, parecióle mas bien que primero, y fue tanto el amor que puzó la Reina en ella, por su grande gentileza y buena crianza, que todo lo que Topacia mandaba era hecho, y la Reina no contradecia cosa ninguna que Topacia hubiese hecho. Y viendo ella el mucho amor que la Reina la mostraba y la tenia, un dia estando las dos retraidas en un retraímiento, dijole Topacia à la Reina: Señora, yo sé muy bien que vuestra Alteza esta preñada, y yo la queria servir mucho; y porque yo, Señora, sé muy bien obrar de oro y de seda, para cuando quiera nuestro Señor que vuestra Altesa sea parida, labrare una muy rica cortina para su cámara, y otras joyas ricas para vuestra Alteza. Y viendo la Reyna la voluntad y buen deseo que tenia Topacia de servirla, la mandó dar mucho oro, y sedas, y holandas, y telas Burgueres, y todo cuanto ella quisiese para obrar de sus manos, y que ella hiciese

aquello que mejor le pareciese, porque era tanto el amor que la Reyna le tenia, que todo lo que Topacia hacia, ó decia, le parecía perlas, y agradecióla mucho su buen deseo. Y de esta manera comenzo Topacia á obrar una cortina; que cuando fue acabada, era la cosa mas rica que en toda España se podia hallar de su suerte, y la Reina la estimaba tanto, que ningun precio bastaba: y si hasta allí la habia tenido mucho amor, muy mayor se lo tenia desde allí en adelante. Y un dia entre los otros, estandose los dos burlando y jugando, conoció la Reina que Topacia estaba preñada, y díjola: Hermana mia paréceme que tú estás preñada tambien como yo, segun tienes gruesa barriga, y demandote la gracia, que si lo estás, no me lo niegues. Topacia le respodió: Verdad es, Señora, que estoy preñada, aunque mas me hubiera valido que no lo estuviera, que à causa de esta preñez soy yo cantiva, y perdí à mi marido, al cual nunca espero cobrar. Y como la Reina hubo oido estas razones, mandóla que de alli adelante no hiciese cosa ninguna, hasta que fuese parida, y asi mandó la Reina que le fuesen dadas todas las cosas muy cumplidamente à Topacia como à ella misma. Y de esta manera estaban las dos, que nunca se apartaba la una de la otra, y era tan grande el amor que se tenian, que aunque fueran hermanas no podia ser mayor. Plugó à nuestro Señor Dios, que las dos viniesen à parir el primer dia de Pascua Florida, y la Reina parió un hijo, y porque era nacido en tan señalado dia, le mandó poner por nombre Flores; y Topacia parió una hija, y tambien porque nació en el mismo dia mandó llamar Blanca Flor. Y asi mandó la Reina, que buscasen dos amas que criasen los dos niños, y que fuesen tales cuales à ellos pertenecian. Pero asi que Topacia hubo parido, tomó en sí tanta tristeza, que nunca hacia sino llorar. Y como la Reina la viese estar tan triste, confortábala diciéndole: Hermana mia, ruegos que no os enojeis, que yo os prometo que tan buen recaudo habrá vuestra hija Blanca Flor, como mi hijo Flores, por el mucho amor que siempre os he tenido: Y Topacia le agradeció mucho la buena voluntad y amor grande que le tenia: y cada dia la Reina iba à visitar à Topacia por darle alegría y placer, y por hacerle perder la gran tristeza que siempre consigo tenia. Pero como quiera que la congoja que Topacia tenia era tan grande, que con ninguna cosa se podia confortar. Lo uno lo causaba la gran fatiga que de sí misma tenia. La otra, que del gran parto habia quedado muy quebrantada, como quiera que fuese aquella primera vez que habia

parido; y viendo que su vida era poca, suplicó á la Reina, que le mandase traer á su hija Blanca Flor, que la queria ver, y la Reina porque se alegrase, dijo que fuesen por ella á casa del Ama que la criaba, y que luego se la trajesen, y cuando ella la vió, comenzó á llorar y decir: O hija mia! Vos habeis sido la causa de la muerte de vuestro Padre, y de la gran perdicion mia: hija mia, y cuán cara me cuestas! Y diciendo estas palabras, sintió que el alma se le queria salir, y comenzó á besarla, y darle su bendicion, diciéndole de esta manera: Hija mia, pues que en mis dias no habeis podido solamente recibir el agua del Bautismo como Cristiana, yo con estas lagrimas mias os bautizo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen. Y mas le decia: Yo, hija mia, os bautizo en el Santo Nombre de Jesus, el cual sea en vuestra gracia, y os haga buena Cristiana. Y despues de dichas estas palabras se volvió á la Reina con grandes llantos y suspiros que le atrevesaban el corazon, y le dijó, Muy poderosa Señora, yo suplico á vuestra Alteza que tenga esta criatura por encomendada, porque ella viene de tan alto linage, que algun tiempo le será pagado lo que hace por la desventurada madre, y por la desdichada hija; y mi cuerpo haga enterrar adonde se entierran los Cristianos. Dichas estas razones luego perdió la vista de los ojos, y llamando el Nombre de Jesus, dijo: En tus manos, Señor, encomiendo mi alma. Y así dió su espíritu á quien le crió.

De como la Reina sintió mucho la muerte de Topacia, y encomendó á Blanca Flor á el Ama.

Dice la Historia, que en muriendo Topacia, hizo la Reina tan gran dolor por ella, como si fuera su hermana, y mandó al Ama que criaba Blanca Flor, que le diese tan buen recaudo como á su hijo, y el Ama lo hacia así, doliéndose de ella por el mucho amor que á la madre habia tenido. Y cuando fueron pasados algunos dias mandó la Reina, que trajesen á Flores, y á Blanca Flor, que los queria ver, y cuando la Reina los vió, y vido que se parecian el uno al otro, que era maravilla, llegaron el uno al otro, y tomáronse de las manos, y besáronse. Y la Reina fue muy maravillada de todo aquello; mas tuvo mucho placer en que dos criaturas tan chicas se mos-

trasen tanto amor. Y cuando Flores fue de tres años y medio, mandó el Rey que le buscasen un maestro que fuese gran sabio, hombre de buena vida, y dijeronle, que en Toledo habia un Moro, hombre muy sabio, y de gentil crianza, y muy práctico: y luego el Rey envió por él, el cual se decia por nombre Mahomat Audalí, y este Moro era tan sabio, y de tan gran consejo que no se hallaba otro tal en todo aquel Reino, Y como Mahomat Audalí vió las cartas del Rey, luego á la hora se aparejo lo mejor que pudo, para ir donde el Rey le mandaba por cumplir su mandato, y así como llegó á la Corte, antes de hacer cosa alguna, fue à besar las manos al Rey su Señor, y como él le vido, tuvo mucho placer en verlo, por ser el hombre tan prudente, y de tanta autoridad, y viendo que aquel convenia á su proposito, mandóle aposentar muy bien, y que estuviera cerca del Palacio, y mandó enviar por su hijo Flores; y cuando fue venido mandó llamar á Mahomat Audalí, al cual dijo al Rey, Mahomat Audalí, por la buena fama que de vos he oido, y porque me parece tambien que sois persona que cualquiera cosa se os puede encomendar lo que cumple á nuestro servicio es, que administreis á Flores nuestro hijo en buenas costumbres, como bien visto os fuere, y habiendo de hacer con mucha diligencia, asi en las cosas santas y honestas, como en las cosas de Caballería; y en aquesto vos hareis grandes servicios. Y luego Mahomat Audalí besó las manos del Rey por la merced que le hacia, y el Rey le prometió hacerle mercedes, ademas de darle su acostamiento, y todo cuanto hubiere menester. Y cuando Flores vió que el Rey su Padre le habia dado Ayo, y Maestro suplicó al Rey, que le habia dado tan buen Maestro, que no partiese de èl à Blanca Flor, porque la amaba mucho, y que mandase á su Maestro, que asi tuviese cuenta con ella como con èl. Y el Rey por contentar à Flores dijo, que le placia de buen grado, y Flores le besó las manos al Rey por la merced. Pero como quiera que fuese mayor el amor que tenia Flores á Blanca Flor, que no la gana de estudiar, jamás se podia apartar de ella, y su Maestro con cuantas maneras de artes buscaba, no le podia hacer aprender cosa ninguna. Y viendo Mahomat Audalí, el cual era Maestro de Flores y Blanca Flor, que todo su trabajo era en vano, y que toda su diligencia no le aprovechava nada, y que èl no podia salir con su honra en ninguna manera, deliberó decirle al Rey, para descargar su persona, diciéndole, como Flores no

queria regirse, ni gobernarse por lo que èl decia; y no solamente aquello, sino que de ninguna manera tampoco le podia apartar de Blanca Flor; que sin duda ella le debia tener encantado, que èl no tenia placer ninguno el rato que no la veia delante de sí. Y cuando el Rey hubo oido estas palabras, fue muy enojado, y fuese para donde estaba la Reina, y díjola de esta manera: Señora; yo creo que en mal punto habeis criado aquesta doncella; la cual entiendo que ha de ser principio de la destruccion de nuestra Ley, y Estado, y no sé que manera tuviese para poderlos apartar, por evitar el gran de daño que de ello se puede seguir. Oyendo la Reina las palabras tan lastimosas que el Rey su marido la decia, respondió así: Si vuestra Alteza quiere tomar mi consejo, bien creo lo acertará: porque no hay cosa en el mundo que mas pueda apartar el amor, que es el ausencia, y asi vuestra Alteza lo puede enviar á su primo el Duque de Montorio, haciendole saber todo lo que pasa, y que le aparten lo mas que puedan de tal pensamiento, que le dé todos los placeres, y deportes, asi de juegos, como de cazas, y de galas; de lo cual tenga vuestra Alteza por cierto que el Duque es tan entendido, que lo apartará de tal pensamiento. Habido su consejo, pareció al Rey que era bien lo que la Reina le decia, y luego vista la presente, el Rey embió por Flores, y por su Ayo Mahomat Audalí, y dijoles como tenia deliberado de enviarlos á Montorio, porque allí le parecia que podia mejor estudiar Flores, y mucho mas á su placer, y que así lo queria. Y oido que hubo Flores la deliberacion del Rey, dijo que era muy contento de ir allá donde su Alteza mandase: pero que suplicaba á su Alteza, que le hiciese la merced que dejase ir á Blanca Flor con él: y el Rey le respondió, que no se podia hacer, porque no era cosa licita, y honesta, que una Doncella fuese en su compañia á estudiar: y tambien, que la Reina su madre la habia menester, para que la acompañase, pues que sabia que no se podia hallar sin ella; y que en ninguna manera podria ir con él: y Flores respondió, que pues su Alteza delibera apartarlo de Blanca Flor, que bien pocos serán los dias de su vida. Oyendo el Rey las palabras que su hijo decia, fue muy maravillado del grande amor que á Blanca Flor tenia, pero con palabras amorosas le decia: Hijo mio, vos ya teneis conocido que no hay en este mundo cosa que yo tanto amase como es à vos: y creido esto, conocereis que yo no lo hago por acortaros la vida, mas por alargarla

tanto como mis fuerzas bastáren; y pues que veis que habeis de suceder en nuestros Reynos, es menester que sepais alguna cosa de ciencia, porque lleveis alguna ventaja à nuestros vasallos: y tambien vuestra madre está enferma, y no quiero que ninguna otra le sirva sino Blanca Flor; y luego como la Reyna esté buena, yo os prometo embiarosla á Montorio para que os sirva. Y viendo Flores, que la voluntad del Rey su Padre no era que Blanca Flor fuese con èl, pesóle mucho, y dijole al Rey: pues vuestra Alteza, y la Reina mi Señora manda, que no vaya Blanca Flor conmigo, yo soy muy contento de ir à Montorio, y à donde vuestras Altezas mandaren. Y luego mandó el Rey à su Ayo Mahomat Audalí, y à otros Caballeros que fuesen con èl, que se aderezasen luego para otro dia de mañana, que fuese tres, ó cuatro leguas de allí à comer, porque muy mejor les seria partirse luego por la mañana, que no esperar mas; pero Flores era muy triste de su partida de Blanca Flor. Y viendo el Rey, que su hijo que èl tanto amaba, estaba muy triste, èl le tomó por la mano diciéndole: Hijo mio, decidme vos, qué es la causa por que estais tan triste que no os pueda ver alegre? Ruegoos, que no me negueis la verdad, que yo os mandaré dar cuanto pidieres muy cumplidamente. Y Flores le respondió: Señor, sepa vuestra Alteza, y la Reina mi Señora, que si me quitan à Blanca Flor delante de mis ojos, crean y tengan por entendido, que mi vida es poca, que mi bien y mi alegria es Blanca Flor. Y sepan, que todas las demas cosas no me alegran nada, ni son para mí gusto ninguno. Y cuando el Rey hubo escuchado à Flores su hijo, quedó muy espantado, y díjole estas palabras: Flores, hijo mio, no sabeis vos que no hay cosa en el mundo, que yo ame tanto como à vos? Pensad que si yo viese satisfacia á vos la compañía de Blanca Flor, yo no la quitaria, y por tanto, es mi voluntad que se quede con la Reina vuestra madre. Viendo Flores la voluntad del Rey, fue muy enojado, y el Rey se fue para la cámara á donde estaba la Reina á decirla cuan vendido estaba su hijo Flores de los amores de Blanca Flor, diciendole: que en mal punto habia criado aquella, que asi le tenia vendido á su hijo, que él tanto amaba, que en ninguna manera, ni en ninguna buena razon lo podia desviar de ella, porque Blanca Flor era su consuelo, y su vida, que él no estimaba sino á Blanca Flor, y que él no se acordaba del Rey su Padre, ni de la Reina su Madre, y para con Blanca Flor

no habia ninguna que tanto amase, que aquella habia de ser destruccion de su Secta, y de su Reino, si con tiempo algun remedio no se daba. Oyendo la Reina tales razones, fue muy triste, y muy pensativa de lo que el Rey le habia dicho; pero como quiera que la Reina era muy sabia, estubo pensando como le podria quitar à Flores el mucho amor que à Blanca Flor tenia, deliberó de pasar à la cámará donde el Rey estaba, y decir, como le parecia, que por ninguna cosa debia dejar de embiar à Flores à Montorio, que no habia cosa en el mundo que tan presto le hiciese perder el amor que tenia à Blanca Flor, como la ausencia, y de esta manera los apartaria, y el Rey dijo, que era bien, que asi lo queria hacer.

De como Flores se partió con su Ayo, y con muchos Caballeros para Montorio.

Otro dia de mañana el Rey mandó cabalgar à todos los que habian de ir con Flores, y el Rey con toda aquella gente fue à la cámara donde Flores estaba, y díjole: Hijo, veis aqui toda la Caballería que habeis de llevar, que os está esperando, y entoncer Flores salió de la cámara y dijo à su Padre el Rey, que antes de cabalgar queria ir à despedirse de Blanca Flor, y entrando en una cámara donde ella estaba, comenzola à decir estas palabras: Señora mia, pues que la adversa fortuna, y la desdichada suerte ha querido que á mí y á vos desapartasen, tened por cierto que aunque se aparte el cuerpo, no se aparta el corazon, mientras que viviere de pensar en vos: y con grandes lágrimas y suspiros, que las entrañas de los dos arrancaban, le dijo Blanca Flor: Yo creo, Señor mio, que sabeis como siendo apartada de vos, soy apartada de los dias de mi vida, por lo cual os ruego, mi Señor, que tomeis este anillo con esta piedra, la cual tiene tal virtud, que cuando fuere en alguna grande tribulacion por amor de vos, esta piedra perderá su fuerza y color, y entonces, Señor, lo podreis muy bien conocer, si me acometieren algunas desdichas por vuestra ausencia, y asi podreis acordaros de aquesta vuestra sirviente, de la cual en ningun tiempo sereis olvidado; y asi se despidió de la linda Blanca Flor, y el Rey embió al Duque de Montorio su primo, un correo, avisándole como èl enviaba à su hijo á su tierra, que lo hubiese por encomendado, así como él haría por cosas suyas. Como el Duque vió las

cartas del Rey, tuvo mucho placer, y mandó aparejar muy buenas posadas para èl, y los que con èl venian. Y como supo el Duque que Flores era entrado en sus tierras, mandó que fuese recibido como su misma persona, y mas mandó á todos los Caballeros y principales de su Corte, que se aderezasen para el recibimiento del Príncipe Flores. Y como el Príncipe estuviese à una jornada de Montorio, salió el Duque à recibirlo, y fueron à encontrarse una legua de la Ciudad, y mandó que sacasen de la Ciudad un paño de brocado, forrado en pelo carmesí, para que entrase en la Ciudad como pertenecia á un hijo de un Rey, y asi entró Flores en la Ciudad de Montorio con mucha honra y gran fiesta, y el Duque su tio le hizo. Como hubo dos ó tres dias, que fueron llegados, ordenaron justas, y juegos de cañas, para hacerle mayor fiesta, y cada dia sacaban maneras de juegos, è invenciones, y cosas de muy grande alegría; pero Flores no se alegraba nada con todo aquello; antes cuanto mayores fiestas le hacian, le crecia mas la tristeza. Y viendo el Duque su tio, que con cuantas fiestas, alegrias y placeres le hacian, en ninguna manera lo podian alegrar; un dia yendo à caza el Duque y Flores, preguntó el Duque al Príncipe, que qué le parecia de su tierra, y de sus Caballeros? Al cual respondió el Príncipe y le dijo, que muy bien. Y entonces el Duque dijo: Mucho me he, Señor, maravillado de vos, que ninguna cosa que yo hago por vos, no os alegrais. Respondió el Príncipe, que no se maravillase de ello, que su condicion era aquella, no porque èl no estuviese muy contento, y le pareciese muy bien las cosas de su tierra, porque estando en su tierra, hacia cuenta que estaba en las tierras del Rey su Padre: y que no creyese su Señoria, que por otro lo hacia. Pasaron algunos dias, y el Duque fue informado de algunos de los que servian à Flores; y como el Duque fue informado de los grandes amores de Flores y Blanca Flor, de todo lo que pasaba, deliberó de escribir al Rey, avisandole de lo que pasaba, y que le parecia que seria mejor que le embiase á Blanca Flor, y que su Alteza lo mandase proveer, porque se le podia recaer alguna dolencia, por donde se viese en mucho peligro. Como el Rey vió las cartas del Duque, pensó en sí como podría apartar su hijo de la fantasia de Blanca Flor, y pensó darle la muerte, pensando que el Príncipe su hijo la olvidaria. Y el Rey embió por la Reyna por decirla lo que le parecia. La Reyna le respondió: Cómo se podrá hacer, que no sea sabido; y dijo el Rey: Señora, yo haré que el Consejo mio, por cierta causa la

dará la muerte; de esta manera no nos será pesado cargo ninguno. Y luego el Rey envió á llamar á su Senescal, y le dijo estas razones: Ya sabeis, Senescal, como en vida de mi Padre el Rey cuanta parte os dió de sus secretos, y como le servisteis lealmente en todo lo que por él os fue encomendado, y así, tengo yo mucha confianza de vos, que me tendreis secreto de lo que yo ahora os quiero decir: Bien sabeis como esta Cristiana cautiva Blanca Flor, creo que debe ser algun diablo que tiene hechisado á mi hijo Flores, que ni come, ni bebe, ni duerme, pensando en sus amores; y ella creo que ha de ser principio, y fin de la destruccion de mis Reinos, y de nuestra Secta, si no se pone algun remedio: y para quitar tantos daños como por esta muger se pueden recrecer, es mi deliberacion de darle muerte. Oídas estas razones, respondió el Senescal al Rey, diciendole, que mirare bien en ello su Alteza, porque natural cosa es vencerse un hombre mozo del amor de una muger, que no habia cosa en el mundo de que mas fuese vencido; especialmente, que la conversacion de los dos habia sido tanta que no se maravillaba de ninguna cosa que á Flores pasase; pero que si su voluntad era tal, que el estaba presto, y aparejado para lo que su Alteza le mandase; y él dijo, que sí, y que aquello era lo que cumplia á sus servicios, y habeislo de hacer de esta manera, que habeis de emponzoñar una gallina, y traerla á un page por su parte, cuando este sentado á comer, y dareisla á un perro, y la ponzoña obrará, y Blanca Flor no podrá defenderse, ni probar á la contra, y así será muy digna de muerte, y de esta suerte podrá morir; y así se despidio el Senescal, y puso por obra lo que el Rey le habia mandado, que luego hiso aparejar una gallina, y al tiempo que el Rey se sentó à la mesa, Senescal embió la gallina con un Page, al cual dijo: que dijese à su Alteza, que Blanca Flor se la embiaba, y que le suplicaba comiese de ella. Y como el trinchante vió aquella cosa no acostumbrada de embiar Blanca Flor presente al Rey, comenzó à cortar, y dió una pierna à un perro que estaba debajo de la mesa, y comiendóla cayó luego muerto, y como el Rey lo vido, dijo en altas voces: Traicion, traicion. Luego mandó el Senescal, que prendiesen á Blanca Flor, y la hiciesen decir, por qué habia cometido tan gran traicion, ó quien se lo mandó? Y si habia salido de su cabeza? Que si de su cabeza habia salido, la hiciese cuartos. Y luego el Senescal hizo el mandato del Rey, y fuese para donde estaba Blanca Flor, y mandóla prender, y poner en una muy obscura prision, y dijole:

Ay de ti Blanca Flor, que tus carnes serán hechas cuartos, por la gran traicion que has cometido! Y fuese para el Rey, y díjole que ya era presa, que qué mandaba su Alteza hacer de ella? Y el Rey mandó llamar à todos los de su Consejo, porque mejor color llevase su malvado deseo, y alli les dijo, como Blanca Flor lo habia querido matar con una gallina emponzoñada.

De la sentencia que fué dada á Blanca Flor por el Rey, y los del Consejo.

Yo el Rey Felice, Rey de España, Señor de los habitadores de ella, visto por Nos, y por nuestro Consejo Real, como es cometido un crimen, y gran traicion contra Nos, y contra nuestra Corona Real, por á Nos quitarle la vida una Cristiana, criada de nuestra casa, que se dice por nombre Blanca Flor, que acordadamente, y con deliberado pensamiento, no temiendo el temor de Dios, y de nuestro gran Profeta Mahoma, en menosprecio de nuestra justicia, nos ha querido dar la muerte en una gallina emponzoñada, la cual fue experimentada en un perro, y encontinente fue muerto, por el cual acometimiento endiablado, visto y aprobado por Nos, y nuestro Consejo, mandamos, por la maldad cometida, que sea quemada, y que sea à ella el castigo, y á los otros egemplo. Y así fue dada la sentencia, para que Blanca Flor fuese quemada de alli à tres dias. Y en esto Flores no sabia cosa ninguna; pero estando hablando con el duque su Tio, vinole de subito una grande tristeza en el corazon, que en el mundo no podia saber que podia ser, y miró el anillo que Blanca Flor le habia dado, y halló la piedra, que habia perdido el color, y viendo la experiencia del anillo, conoció que Blanca Flor era en alguna tribulacion, y pidió por merced al Duque su Tio, le diese un caballo, y armas, porque queria exercitar su persona en las armas; y el Duque fue muy contento, y le dijo, que todo cuanto él tenía era para su servicio, y luego le manda traer el mejor caballo que tènia en su caballeriza, y las armas que habia menester, y Flores montó delante del Duque, y comenzó á poner piernas al caballo, y comenzo á correrlo, y hacer algunos continentes delante del Duque su Tio: pidióle por merced le dejase salir al campo, y el Duque fue muy contento. Y como Flores se vió fuera de la Ciudad, tomo grande placer, y tomó su camino en la mano, y caminó aquel dia, y aquella noche, hasta otro dia de mañana: y hallóse cuando salia el Sol

en aquel lugar donde se habia de egecutar la sentencia de Blanca Flor, y demandó à unos hombres que traian leña para quemar à Blanca Flor, y preguntóles que para qué traian aquella leña? Y ellos dijeron, que era para quemar à una Cristiana del Rey, que habia querido dar yerbas al Rey en una gallina por matarlo, y que era dada sentencia que la quemasen. Viendo Flores el gran aparejo que se hacia, conoció que era Blanca Flor, y no quiso partirse de alli. Al cabo de un gran rato vido salir por la puerta de la Ciudad mucha gente, y el Senescal con todos los Alguaciles, y en medio de ellos traian à Blanca Blor, con unas ropas muy pobres vestida, y una gran cadena al cuello. Y llegando al lugar donde se habia de quemar, la hicieron desmontar; y ella viendo la muerte tan cercana, pidió por merced al Senescal, que la dejase hacer oracion; y èl le dijo que le placia. Y así hincó de rodillas en el suelo, y alzó los ojos al cielo, y con muy grande llanto comenzó à decir: O misericordioso Dios! Tú que por tu divina clemencia veniste à tomar muerte y pasion por salvar al género humano, te plega à salvar à esta tu sierva, por tu infinita bondad! y tú, Señor, que eres justo Juez, te ruego que quieras mostrar milagro de tan falso crimen como estos me han levantado. Y asi como acabó la oracion, tocaron dos añafiles, y al tiempo que la quisieron echar en el fuego, Flores puso las piernas al caballo, y comenzó à atropellar la gente, hasta llegar à donde estaba Blanca Flor, y tomandola por la mano, la sacó del poder de la gente, y cuando la tuvo en libertad, le dijo Flores à la Doncella: por la fe que vos teneis, qué cosas tan graves, y tan feas habeis cometido, que tan mala muerte os mandaron dar? Al cual respondió muy humildemente, y dijo asi: Sabed, Señor Caballero, que el Senescal me ha acusado muy malvadamente, diciendo que yo quise matar al Rey mi Señor con una gallina emponzoñada; y así Dios me salve, que yo no soy en cargo de tal hecho en cosa ninguna; y esto es la verdad de todo lo que me habeis interrogado. Y en todo aquesto nunca Blanca Flor de turbada conoció al Príncipe Flores, y èl tomó por la mano, esforzandola, y diciendola de esta manera: Doncella, no hayas ningun temor, que antes perderé yo mi cabeza que vos hubiese mal ninguno; y si hubiese algun Caballero de los del Rey que quiera mantener grande sin justicia, que á vos hacen que yo os defenderé con el ayuda de Dios. Y como Blanca Flor vió la buena voluntad del Caballero, diòle muchas gracias por ello, diciendole: Caballero, à Dios, y à vos me encomiendo, por lo que debeis á

la virtud de Caballería, que vos defendais la buena verdad y justicia; que yo tengo confianza en Dios, que ayudará à vos, y á mí contra esta falacía. Los Alguaciles que llevaban á Blanca Flor á quemar, viendo que aquel Caballero habia tomado tan grande empresa de salvar à Blanca Flor de aquello que por el Rey, y por su Consejo era visto, ligeramente deliberaron de irse al Rey, y de hacerle saber lo que pasaba: y el Rey cuando lo supo, fue muy maravillado del mucho atrevimiento de aquel Caballero, que habia querido quebrantar el mandato suyo estando en su tierra, y el Rey quiso saber quien era el Caballero que tal habia hecho; y el Caballero envió al Rey, que suplicaba à su Alteza no quisiese saber quien era, que bien habria tiempo para saberlo; pero que le pedia por merced à su Alteza, que mandase dar campo con el Senescal suyo, que falsamente habia acusado á Blanca Flor, que él no era venido por otra cosa ninguna, salvo por librarla de la gran maldad de que le habia acusado. Y el Rey con esto vió, que aquel Caballero asi impugnaba el hecho, mandó que le aposentasen muy bien, diciendo que se holgase, que si buen derecho tenia, le seria muy bien guardado. El Caballero pidió por merced al Rey, que le diese dos Caballeros de los suyos, que fuese segura, hasta que la causa fuese juzgada. Y él dijo, que era contento de todo, y asi mandó à dos Caballeros tales que tomasen à Blanca Flor en su poder, y que la guardasen muy bien, de modo que no recibiese ningun daño, hasta que por aquel Caballero fuese librada, y asi fue todo hecho. El Rey embió por el Senescal, y los dos fueron en secreto, y el Rey le dijo al Senescal, que qué le parecia de aquel hecho de Blanca Flor, que aquel Caballero todavia deliberaba de librarla por armas. Y el Senescal respondió al Rey, que bien sabia su Alteza que todos los suyos habian perdido las vidas en su servicio, y por el honor de su Corona, y asi lo haria; y él confiaba en Dios, que él haria la victoria de aquel Caballero, que su Alteza les asignase campo para un dia señalado. Y él presumia tanto de su fuerza, que no estimaba à nadie: tan grande era la soberbia que tenia. Y el Rey dijo que era muy contento; pero el Rey conociendo la poca justicia que él, y su Senescal tenian, temerozo no le sucediese al contrario de su proposito; pero erale forzoso de hacerlo asi, porque Flores impugnaba su hecho, no quisiendo mucho al Rey, porque la buena verdad fuese declarada. Y los Caballeros de la Corte del Rey, pareciendoles, que en aquello Flores demandaba justicia, dijeronlo à el Rey que no

detuviese aquel Caballero por ninguna cosa, que no era cosa cumplida à su honra, y estado; y pues que le demandaban campo, se lo mandase dar, que si no lo hiciese pareceria que la sentencia dada contra Blanca Flor fuese falsa, y mentirosa: y cuando el Rey vido que no se podia defender mas, sino que le era forzado hacerlo asi, dióles campo de allí à dos dias, y en este tiempo que los Caballeros se aderezasen los caballos y armas, y cada uno de ellos señalase el Padrino que à cada uno mejor le pareciese. Y asi todo puesto à punto, y aparejado, llegó el dia que era asignado el campo, y luego por la mañana se fué Flores à Palacio à asegurar el campo, por cuanto era extrangero, y el Senescal era natural del Reyno, y en èl muy bien emparentado. Y el Rey le respondió asi: Caballero, no temais de cosa ninguna, que toda la justicia se os guardará à vos, y à cualquiera Caballero viandante, que à mi Reyno viniere.

De como Flores mató el Senescal en el campo.

El plazo cumplido, el Rey y la Reyna con los Jueces, y toda su Caballería, vinieron al cadalso, é hizo dar un pregon, so pena de la vida, que ninguno fuese osado de ayudar à una parte, ni à otra, y allí mandó entrar los dos Caballeros en el campo, y con ellos à sus Padrinos. Y hechas las señales se apartaron los Padrinos fuera, y los Caballeros se vinieron el uno para el otro con tan gran furia, que parecian bravos leones; y el Senescal dió á Flores un golpe, que le abrió la lansa encima; mas Flores le dió tan gran golpe, que le pasó el escudo, y cayó el Senescal y su caballo en tierra, y como el Senescal fue en tierra, Flores puso mano à su espada para cortarle la cabeza, y el Senescal le rogó que por lo que devia à la virtud de Caballería, le dejase montar en su caballo, y Flores fue contento, y como fue à caballo, tomó una gruesa lanza, y viniéronse el uno para el otro, y Flores erró el encuentro, y el Senescal encontró à Flores, y falseóle el escudo por lo alto, y llevóse la visera; fue tan recio el encuentro, que Flores cayó en tierra: como el Senescal vido que era caído, puso mano al estoque para cortarle la cabeza; y como Flores lo vido venir levantóse muy presto, y puso mano à la espada, y fuese para el Senescal, y diéronse tan grandes golpes de las espadas, que era cosa espantable, mas como Flores fuese mas mozo y mas esforzado, siempre llevaba lo mejor de la batalla, y fatigaba mucho al Senescal. El

Senescal viendo que no podia escapar de la muerte, dijo à Flores: Caballero, si à vos place, reposemos un poco, que ha gran plazo que trabajamos. Cuando Flores oyó las razones del Senescal, conoció de èl, que su pecho era flaco, y algunas veces se le olvidaba la espada en la mano, que era tan presto como de primero, y le plugó mucho, y comenzó à darle priesa muy recio por darle la muerte, y Flores le dió un golpe que le abrió hasta los ojos, y como fue caído, vino su Padrino á sacarlo del campo, diciendo á los Jueces, si habia mas que hacer en aquello? Y asi mandó el Rey, que llevasen á Flores con gran honra, por la victoria que Dios le ha dado, aunque el Rey no le place; pero Flores no quiso partir del campo, hasta que Blanca Flor fuese librada por los hombres del campo; y luego Flores suplicó al Rey, que fuese publicado, como era costumbre publicarse tales hechos, y el Rey fue contento de hacerlo, y mandó sacar à Blanca Flor à un cadalso, y con ella Flores, con trompetas y atabales, y con mucha honra, publicando, como aquel Caballero habia librado á Blanca Flor del crimen que le era levantado falsamente. Y todo esto acabado, Blanca Flor pidió por merced al Caballero, le dijese su nombre, porque viniendo su señor Flores supiese decir por quien era libre: y el Caballero le dijo que él iba donde Flores estaba, y que él se lo diria. Flores besó las manos del Rey, y despidióse de èl, y encomendóle à Blanca Flor, que su Alteza la mirase con ojos de amor, pues en ella culpa ninguna se hallaba, y no podian hacer mayor placer á su hijo Flores. Y otro dia de mañana tomó Flores su caballo y armas y partióse para Montorio, á donde habia dejado su Ayo con el Duque, que de todo esto no sabia cosa alguna, ni menos sabia donde era ido.

De como Flores se partió para Montorio, donde estaba su Ayo.

Otro dia de mañana Flores aderezó su caballo, y armóse de sus armas, y partióse para Montorio, donde habia dejado su Ayo, y caminó todo aquel dia y aquella noche, hasta llegar à Montorio; y entró muy secretamente porque no fuese sentido, ni supiesen de donde venia, que estaban con el mayor dolor del mundo como habian perdido á su Señor, que no sabian que hacerse, ni á donde lo irian á buscar. Mas el Duque su Tio no dejaba de embiar correos á unas partes y otras, con las señales que llevaba, prometiéndoles muy grandes dádivas á quien le trajese nue-

vas de él, y mas no habia ninguno que de él supiese. Y estando asi todos atribulados, entró Flores por la puerta del Palacio, estando el Duque su Tio, y su Ayo, y otros Caballeros en consejo para escribir al Rey su Padre como no le podian hallar, ni saber de él, ni sabian que se habia hecho. En este tiempo entró Flores por la puerta, demandó el Duque quien era aquel Caballero que habia entrado? Y un Page dijo que era su Señor Flores. Y cuando el Duque oyó que era su sobrino, fue antes que descabalgase con él, y tomóle en sus brazos, y ayudóle á descabalgar del caballo, mas no se curó de demandarle de donde venia; mas mandó que prestamente le fuese aparejado de comer. Pero como Flores viniese cansado del campo, y del trabajo, pidió por merced al Duque, que perdonase, que venia cansado, y el Duque viendo que venia enojado, mandó á los Físicos que lo visitasen: y cuando lo hubieron visitado, bolvieron al Duque, y dijeronle, que el mal que tenia era pasion de amor, y algun cansancio, que otro mal ninguno tenia. Luego como el Duque fue avisado de los Físicos, se fue para la cámara donde estaba Flores, y le interrogó con palabras de amor que le dijese la verdad, y que ninguna cosa le quisiese encubrir, que todo lo remediaria por su amor, aunque supiese perder todas sus tierras, y que no pensase otra cosa de lo que le decia. Y Flores se lo agradeció mucho al Duque su Tio, y le dijo, que si le hacia algun placer en ello, que le descubriria su secreto. Sabrá V. Señoria que yo soy criado con una Doncella en el Palacio de el Rey mi Padre, la cual era hija de una cautiva Cristiana, y los dos nos habemos criado siempre juntos, y fuimos nacidos en un mismo dia, á la cual tengo tan grande amor, que no hay cosa en el mundo que yo tanto ame, y la hora que no la veo, no hay cosa que bien me esté, y el Rey mi Padre ha tenido todas las maneras que ha podido, para quitarmela de la fantasia, pero no basta todo el mundo, que yo la amo tanto como á mí mismo. Y el Duque pareciendole que haciendole venir algunas damas perderia el amor que tenia á Blanca Flor, mandó á un Mayordomo suyo, que supiese que damas habia en la Ciudad, y que las hiciese venir alli. El Mayordomo hizo lo que su Señor le mandó, y entre las otras damas habia tres hermanas, hijas de un gentil hombre pobre, muy hermosas, y grandes músicas de toda manera de instrumentos, y como fueron en el Palacio de Flores, aunque él no sabia nada, las recibió muy bien: y como hubieron hablado un rato comenzaron à cantar todas tres muy concertadas; pero à Flo-

res, ninguna cosa le parecia bien. Y cuando se quisieron despedir de Flores, y del Duque, mandó Flores à su Camarero, le diese à cada una de las tres hermanas cien pesantes de oro, y asi se fueron muy contentos. Aquella misma noche pidió por merced Flores al Duque su Tio, que le hiciese merced de escribir al Rey su Padre, le quisiese embiar à Blanca Flor, y el Duque le dijo, que era contento, y luego el Duque envió un correo al Rey, diciendole, que si su Alteza no embiaba à Flores su hijo à Blanca Flor, que en ninguna cosa le pódia alegrar, creía que èl se volveria loco, ó perderia el seso. Vistas por el Rey las cartas, se fue para donde estaba la Reyna, diciendola, que ya èl sabia lo que se habia recrecido à causa de aquella cautiva, y que seria lo mejor darle la muerte en cualquiera manera que fuese, para salir de fatigas y enojos, que de otra manera no podia salir de tan gran fatiga. Mas la Reina le dijo, que no le aconsejaba que la mandase matar; mas que ella le daba un buen consejo, si à èl le placia. Y el Rey le dijo que haria lo que ella dijese. Ya sabe vuestra Alteza, que Blanca Flor es moza y gentil muger, y de gentil crianza, y que no habrá ninguno que no la codicie, que vuestra Alteza la hiciese vender en algunas tierras que fuesen apartadas de aquí donde nadie supiese de ella, y de esta manera será vuestra Alteza fuera de fatiga. Y èl tuvo por bueno el consejo de la Reina, y asi deliberó de hacerlo; y luego mandó à su Mayordomo la tomase con otro Caballero, y la llevase lejos de allí, y la vendiese donde no supiese mas de ella. Y los Caballeros hicieron aquello que su Señor les mandaba con mucha diligencia.

De como el Rey mando à su Mayordomo que llevase á vender á Blanca Flor.

Asi como fueron fuera de la Ciudad, determinaron de ir la vuelta de Francia, pensando que antes hallarian Cristianos que la comprasen, pues ella era Cristiana, que no en tierra de Moros, y asi fueron la via de Francia. Llegados al Puerto de Perligarlo, hallaron alli tres Navios que venian de Alexandría, cargados de grande especería, y de sedas, y de brocados, y muchas joyas. Y los Caballeros viendo aquellas Naos, tuvieron gran placer, creyendo que en ellas vendria algun Mercader que se la comprase, y deliberaron no partir hasta haber mandado de

las Naos. Y otro dia acordaron de entrar en una de ellas, y hablar con los Patrones y Capitanes, por saber si habia algun Mercader que quisiese comprar una cautiva Cristiana, y habiendo hablado con ellos el Patron de la Nao, lo hizo saber por los Mercaderes; entre los cuales venia uno muy rico, el cual dijo, que si le agradaba, que la compraria: y los Caballeros dijeron que eran ciertos, que no desagradarian de ella, que era tal y tan diestra, y de tan gentil crianza, que dudaba que en toda España no se hallase otra tal. Y el Mercader les preguntó, que à dónde la tenian? Y ellos le dijeron, que saliese su merced en tierra, y que la podria ver. Y así saltaron en tierra en un batél todos tres con otros muchos que los acompañaban, y fueron todos al meson á donde la habia dejado. Y como el Mercader la vió, agradóle mucho, y pareciόle que aquella no parecia ser esclava, sino gran señora, segun su gentil disposicion, y discrecion, y gentil hablar, y pareciόle ser burla, y preguntó à los caballeros, ¿que era la causa por que ellos querian vender tal muger como aquella? Los caballeros le dijeron, que ellos le dirian la causa porque la vendian; que aquella cautiva christiana era del Rey de España, y por ella el Rey, y la Reina no hacian vida juntos, y por esta causa el Rey la quiere vender; y con tal pacto y consierto se la vendian, que la sacasen de toda España. El Mercader les demandó cuanto querian por ella, y ellos le respondieron, que la esclava mas valia, pero que les diese tres mil pesantes de oro, el Mercader le dijo, que no les daria tanto, mas que les daria dos mil pesantes de oro, y diez halcones, y una copa de oro; y si esto querian por ella, que lo daria. Los Caballeros tuvieron por bien tomar lo que el Mercader les dava, solamente porque la llevasen à donde el Rey no supiese mas de ella. Y luego el Mercader tomó su doncella, y metióla en la Nao, y pagó à los Caballeros, los cuales se fueron para el Rey su señor, y el Mercader, y su compañía hicieron vela à la buelta de Levante, è hizoles tan buen tiempo, que en muy pocos dias fueron en Alexandría; y de alli à dos dias que la Nao fue llegada á Alexandría, el Mercader acordó de llevarla al Cairo; y la aderezó de muy ricos aderezos, y la llevó al Cairo, y en llegando la vendió à un Moro, que le decian el Almiral, de manera, que dobló su dinero de lo que le habia costado, porque el Almiral tenia cien doncellas Cristianas, las mas hermosas que habia podido hallar en la Torre de Babilonia. Estando Flores en

Montorio con su Tio el Duque, asi como dicho habemos, tenia un anillo, y en èl una piedra de tal virtud, que como aquella persona que mucho amaba, aquel que la tenia en el dedo, tenia algun gran trabajó, la piedra perdia el color que acostumbraba tener. Y asi viendo la piedra descolorida, tuvo por cierto que Blanca Flor estaba en necesidad, y pidió por merced al Duque su Tio, le diese licencia, porque habia mucho tiempo que no veia al Rey su Padre, y à la Reyna su Madre, y los queria ir á ver; entonces el Duque le dijo que fuese en buen hora, que èl era contento, y que le daria cien Caballeros que lo acompañasen hasta la corte del Rey su Padre. Flores mandó à su Ayo, que hiciese aparejar, que èl queria ir à besar la mano á el Rey su Padre lo mas presto que pudiese, porque ya tenia licencia del Duque su Tio. Aquel dia aderezó todo lo que era necesario, y de allí á dos dias Flores se partió, y en llegando á dos leguas de donde su Padre estaba, embió un Caballero de los que venian con èl para hacer saber á su Padre como èl venia, y el Rey mandó á los Caballeros que lo saliesen á recibir, y como Flores fuese á media legua de la Ciudad, y el Rey lo salió á recibir con muchos Caballeros de su Corte, y Flores besó las manos á el Rey su Padre, sin mostrar ningun semblante de la tristeza que tenia por Blanca Flor. Y asi como Flores entró en el Palacio del Rey, todas las damas y doncellas salieron á besarle la mano, y no viendo salir á Blanca Flor, se paró mas triste que la noche, aunque bien lo disimuló: y estando un dia hablando con la Reina su Madre, entre otras razones le dijo: Señora, qué es de Blanca Flor que no la he visto? Y como la Reina sabia la pasion de Flores, le dijo: Hijo mio, como en este mundo no tenemos la vida segura, á Blanca Flor le dió una gran dolencia, de la cual murió habrá quinse dias, ó mas, y no cierto por mal recaudo, que el Rey vuestro Padre se lo mandó dar como á su misma persona: mas Flores luego conoció que todo aquello era falso: pero tan grande era el dolor que tenia en su corazon, que queria reventar; pero por saber mejor la verdad, con la cara serena pidió por merced à la Reina, le mandase mostrar la sepultura de Blanca Flor, y quien la habia sepultado, creyendo que como el Rey y la Reyna la tenia tan mala voluntad, por el amor que entre ellos dos habia, la hubiesen mandado matar, ó echar en lugar á donde nunca pareciese. La Reina visto aquello, y que en ninguna manera podia escusarse de decir la verdad de este he-

cho, le dijo: Hijo mio, yo os quiero decir la verdad de todo esto: Habeis de saber y tener entendido que Blanca Flor es viva; pero el Rey vuestro Padre la dió à un cierto mercader, que la llevase à Alexandría, y esta es la verdad. Viendo Flores la gran maldad que el Rey su Padre, y la Reina su Madre habian hecho con Blanca Flor, por malicia que de ella tenian, venderla y echarla asi de sus tierras, asi por el mucho amor que la tenia, y doliendose de ella, deliberó de irse, y no volver jamas, hasta que hubiese hallado à Blanca Flor, y luego lo puso por obra, como adelante se verá. Como el Rey y la Reina vieron el proposito de Flores, doliólee mucho de su partida; al cual comenzó el Rey à decir. Hijo mio, porque quieres dar al viejo de tu Padre mala postrimera? Y no sabes que no hay quien pueda heredar nuestro Reino sino tú? Por qué te quieres ir à perder por tierras agenas, y detras de una cautiva, fuera de nuestra Secta? Ruegote, que apartes de ti tal pensamiento y proposito, y que quieras regir y gobernar tus Reinos. No pudiendo Flores comportarse mas, le respondió así: O Felice, tú has sido causa por donde yo me haya de desterrar de la tierra de donde soy natural! Yo, en cuanto á esto, no te tengo por Padre, sino por enemigo mortal, y si no mirara à lo que las gentes dijeran de mí, yo te quitara la vida, porque tú, sin causa, falsa y maliciosamente querias hacer quemar aquello que nunca te hizo mal, sino fuera por mí que te la quité cuando maté à aquel traidor del Senescal, quien tan malamente la habia acusado, y la libré del fuego, en el cual tu la querias hacer quemar; y ten por cierto, que yo iré por todo el mundo hasta que la halle: y si yo no la halláre, nunca volveré á esta tierra, sino fuera por acortaros los dias de la vida, asi como tú quisiste acortarlos à aquella que no tenia culpa, y à aquella que tú bien sabias que yo tanto como à mi amaba. Y cuando èl vido que no podia acabar cosa ninguna con èl, embióle à su Madre, la cual llorando de sus ojos le comenzó à decir así: O hijo mio tan querido! Tened ahora piedad de aquestas tan tristes lágrimas que la desventurada de vuestra Madre vierte de sus ojos, y no seas ahora causa de mi tan penada y cruel muerte, la cual yo pienso que será en breve, si vos os ausentais; à lo cual respondió Flores: Por cierto, Señora, que quien de mí no tuvo piedad, yo no la tendré de èl, porque vos, y el Rey mi Padre, bien sabiades, que la cosa que yo mas amaba en el mundo era Blanca Flor, y no por esto la

dejasteis de desterrar, y saber por cierto que á vos, ni al Rey mi Padre no os tengo sino por enemigos mortales desde ahora para siempre. Viendo su Madre que por ninguna manera de el mundo lo pudiera apartar de su proposito, ella en esta manera le dijo: Pues que no te dueles de mis lágrimas, ruegote que tomes este consejo que te quiero dar, que por las tierras donde fueres seas humilde, cortés, y liberal, y que hallen en tí toda buena crianza, y cortesía, y asi serás amado de todas las gentes que contigo encontraren; y toma aqueste anillo, y guardalo bien por mi amor que tiene tambien muchas buenas propiedades: y pues que siempre quieres seguir tu proposito, ve mucho en buen hora con la bendicion de Mahoma. Y le mandó dar mucho oro, y plata, y otras muchas joyas, y así se despidió, y tomó su camino para un Puerto de mar, en el cual habia una Nao que pasaba á Alexandría, y se fue á posar en una Posada mientras la Nao se acababa de cargar. Y la huéspeda viendo el gran acatamiento que los suyos le hacian, les preguntó, que quien era aquel Caballero! Y ellos le respondieron que era el Príncipe Flores, y ella le dijo, que dónde iba? A la cual respondió, que á Alexandría, por buscar una cautiva Cristiana que se llama Blanca Flor. Y luego ella se fue para el Príncipe Flores, y le besó la mano, y le dijo, como por allí habia pasado Blanca Flor, y el Mercader que la llevaba, y como iba tan triste que no hacia sino llorar por él, y maldecia á quien la apartaba, y desterraba de vuestra Alteza: mas por muchas cosas que yo y mi marido le deciamos, nunca la podiamos confortar; y yo y todos los de mi casa teniamos gran duelo de ella, y de lo que hacia, que yo y mi marido deliberamos de comprarsela al Mercader que la llevaba, sino que nos dijo, que no la podia vender en ninguno de estos Reinos, porque con aquella condicion se la habian vendído. Y cuando ella consideraba esto no habia persona que la pudiese confortar, y como Flores oyó las palabras que la huespedada le dijo, tuvo en su corazon mucho placer, en saber como Blanca Flor era viva, que siempre pensó que el Rey la habia hecho matar, y por la buena nueva que le dió sacó un anillo de gran valor, y se lo dió; y cuando la huespeda vido el gran don que le habia hecho, le besó las manos por la merced, y asi se enbarcó Flores con mucha alegría, y cuando fueron dentro de la Nao, hicieron vela la vuelta de la Ciudad de Alexandría, y dióles Dios tan buen viento que en muy poco tiempo llegaron al Puerto de Alexandría. Siendo llegados, Flores saltó en

tierra con su compañía, y luego hizo sacar de la Nao todo cuanto en ella traía, y lleváronlo sobre unos caballos hasta la Ciudad de Babilonia, en el cual estaba el Mercader que habia comprado á Blanca Flor. Y siendo llegado Flores á Babilonia, fue á posar en casa de un hombre de bien, el cual no daba posada sino solamente á gente de honor, el cual se decia Dario Lobondo, y allí estuvo Flores reposando algunos dias, que no salia de una cierta cámara que venia muy fatigado del mar. Y cuando Flores conoció en sí estar algo mas dispuesto, un dia paseándose por una sala él y su huesped, Flores le comenzó á decir: Decidme, señor huesped, sabreisme decir de un Mercader de aquesta tierra, que no ha mucho tiempo que pasó à España por mercadería, el cual trajo de allá una cautiva Cristiana comprada? Dario le respondió: Sabe vuesa merced como se llama esa cautiva? Y èl dijo que sí, que se llamaba Blanca Flor; y Dario le dijo que cuando aquel Mercader trajo aquella cautiva, vino à su casa, y que le dijo que la queria vender; y vista su gran belleza, le dijo que si èl la queria asegurar por virgen, que yo se la haria comprar; y èl la aseguró, y entonces se la hizo comprar à el Mayordomo del Almiral dèl Cairo, y por su gran belleza le dieron mucho mas de lo que ella le costó, y como la hubo comprado la envió à la Torre de Babilonia, donde tiene cien doncellas bien guardadas, y à gran recaudo, las cuales nó pueden ser mas ni menos de ciento, y cuando se muere alguna, hace luego buscar otra el Almiral. Y cuando Flores oyó à su huesped estas razones, tuvo esperanza que èl le daria algun remedio para lo que èl buscaba, y díjole: Padre mio, no me dareis vos algun remedio ó consejo para regirme de manera que pudiese hablar con Blanca Flor? Dario su huesped le dijo: Señor, en todo lo que yo pudiere os ayudaré, de la cual respuesta fue alegre Flores, y mandó aquella tarde à un Escudero suyo, que fuese à casa de un Mercader, y que trajese una pieza de paño fino, y otra de seda, y que hiciese venir à un Sastre que cortase de vestir à su huesped, y juntamente le dió veinte y cinco ducados. Con esto su huesped fue contento, y trabajó como pudiese servirle. Como Flores hubo comido, su huesped Dario le dijo en secreto: Señor, yo bien te daré un buen consejo, pero es menester que te guardes de ser visto de nadie, que no te dará vida sino un solo Dios, si es sabido por el Almiral, y de otra manera no puede tener ningun remedio, porque la Torre es lo mas fuerte que ahora hay en el mundo, porque tiene trescientos codos en altura, y trescientos en ancho, de ma-

tierra, que vos no podreis tener ninguna remedio; porque la Torre es labrada de piedras preciosas, de dia la guardan quinientos Caballeros, y de noche otros quinientos. Y sobre todos aquellos la tiene en guarda un Caballero el mas esforzado que hay en toda esta tierra; es hombre que no se fia de ninguno, por mucho amor que le tenga. Es mandato que ningun hombre de ninguna ley que sea no llegue á la Torre con media legua; desde donde hay unas señales de las armas del Almiral, que si pasa de allí adelante hácia la Torre tiene pena de la vida sin ninguna merced. Dentro de aquella Torre hay un vergel, y en medio de aquel vergel está un árbol que de Invierno y de Verano siempre está florido, y al pie del árbol está una fuente de agua muy clara, que tiene tal virtud que si la muger no es virgen, allí parece; que el Almiral hace que cada mañana las doncellas que en la Torre estan, cojan una flor, y que la echen en la fuente, y de aquella que es virgen sale el agua clara, y si no lo es, sale muy turbia. Dario dijo á Flores: Hijo, ya te he dicho todo lo que hay en la Torre, y mas te digo, que el Capitan de la Torre es grande jugador de Agedrez, y es hombre muy codicioso de la moneda; y pues de todo sois avisado, id con la bendicion del Criador. Entonces Flores dijo á Dario: mucho os lo agradezco, Señor; pero sabed que no he venido aquí por conquistar moneda ni tesoro, que yo me tengo harto, mas vengo por Blanca Flor, que es mi vida y mi tesoro.

De como Flores fue á ver la Torre, y de todas las cosas que le acontecieron.

Flores montó en su caballo, y se fue para ver la Torre: cuando llegó donde las señales estaban no se quiso detener, sino pasó adelante, pero como los de la Torre lo vieron venir tan determinadamente, maravillándose mucho de ello, y no esperaron que llegase, que luego montó el Capitan con otros dos Caballeros, los cuales fueron por Flores, y como llegaron cerca de él, vieron como era extrangero, y díjole el Capitan: Decidme, Caballero, quién os ha traido á esta tierra vedada, que todos los que en ella entran son condenados á muerte? Y cuando Flores oyó decir semejantes palabras, no fue nada contento, pero con buenas palabras les dijo: Mis señores, no creo yo que hombre que mal no haga merezca muerte; mas, señores, sepan que yo soy de poniente, y de la parte de España, y soy venido á esta Ciudad por deleitarme en ella, y

asi me soy venido cazando por esta ribera, en la cual he hallado una Garza, echéla un Alcon, los cuales han venido la vuelta de la Torre, y voy por si los pudiera hallar. El Capitan de la Torre demandó: Decid, Caballero, cómo sois venido en esta tierra? Y Flores respondió: Señor, yo soy venido para lo que os diré. En esta tierra hay grandes jugadores de Agedrez, y yo soy aficionado à los hombres aficionados à tal juego, y oí decir que en Alejandría eran los mejores jugadores del mundo, y por esto he venido. Y como el Capitan le oyó decir que era hombre aficionado à el juego del Agedrez, le dijo: Sabed, Caballero, que vos habeis hecho tal yerro, que sois caido en pena de muerte, porque el Almiral mi Señor tiene puestas aquestas señales en el camino para que el que de allí pasare se le dé la muerte, y nadie se la puede quitar sino solo Dios: pero por ser vos extrangero y persona que no sabia la ley de la tierra, se os perdona: venid conmigo y vereis la Torre. Y cuando fueron apeados, el Capitan demandó un tablero para que jugase èl, y Flores, y en el primer juego que jugaron, ganó Flores à el Capitan dos mil pesantes de oro, y así jugaron muchos juegos que Flores no dejó ganar ninguno à el Capitan, de lo cual el Capitan fue muy enojado. Entonces Flores le dijo, que no recibiese enojo, que él no era venido sino por pasar tiempo, y asi le pidió por merced que recibiese el presente que le queria hacer, y tomó lo que le habia ganado, y sin mas ni mas tomó tambien lo que èl tenia puesto, dióselo, y el Capitan lo recibió, diciendo: Por cierto, Caballero, vos me habeis obligado à que haga por vos aquello que por un hermano mio no pudiera hacer; y Flores se lo agradeció mucho, y demandó licencia para irse à la Ciudad. Y el Capitan le dijo, que fuese en hora buena, pero que otro dia viniese à comer con èl, y Flores lo aceptó. Así se fue en casa de su huesped, el cual le dijo que habia estado con gran ansia por amor de él, pensando que le hubiese sucedido algun desastre. Flores le respondió, que no tuviese pena, que todo iria bien, que cuando el principio es bueno, el fin no puede ser malo, y así contó à su amigo Dario lo que le habia acaecido; y Dario le dijo: Amigo, todo sea en buen hora, que de vuestra buena dicha seré yo tan alegre como si fuera un hijo mio, è hizole dar bien de cenar, y otro dia se fue Flores para la Torre donde estaba convidado. Como lo vido venir el Capitan de la Torre, salióle à recibir con mucha alegría. Como fueron en la Torre, y el comer fue apa-

tejado, asentáronse á la mesa, en la cual pasaron muchas razones de sus juegos. Como hubieron acabado de comer, Flores hizo un presente á el Capitan de una muy rica copa de oro llena de doblas Zaenes, y un joyal que valia una Ciudad. Y cuando el Capitan vido la dádiva tan rica, parecióle que aquel debia de ser gran Señor, y el Capitan se lo tuvo en merced, y díjole, que le pedia por merced le mandase en que le sirviese, porqué él no tenia merecido lo que èl hacia por èl, ni podia saber con que se lo podia pagar; pero que se sirviese de él, y de su casa como de la suya propia. Flores le agradeció mucho la buena voluntad y cortesía, y lo que se ofrecia hacer por èl, y asi pasaron todo aquel dia.

De como Flores se descubrió à el Capitan, y lo que el Capitan se ofreció hacer por èl.

Otro dia acordó Flores descubrir su secreto al Capitan, creyendo segun se le habia ofrecido, que acabaria algo con èl de lo que deseaba, y díjole: Porque creo que vuesa merced puede remediar algo de mi pena, le quiero dar parte de mi secreto, y venida à esta tierra. Habeis, Señor, de saber, que la causa porque yó soy venido aquí es, que en esta Torre está debajo de vuestra guardia una doncella, y si vuesa merced me hiciese tan señalada merced en darme lugar para hablar con ella, seria gran don para mí, y os quedaré para siempre obligado. Cuando el Capitan de la Torre oyó lo que Flores le habia dicho, fue muy turbado pensando el gran peligro que á los dos les podia recrecer, pero mirando las grandas dádivas que le habia dado Flores sin merecerlo, no sabia que hacerse, y el gran peligro que se recrecia del Almiral su Señor, y díjole el Capitan: Flores, señor, muy cara será la cosa que yo no hiciese por vos, aunque me costase la vida, y para esto os dare un consejo. El primero Domingo que viene será dia de Pascua Florida, y en esta tierra todos los Caballeros y Damas aquel dia salen muy aderazados, y hacen gran fiesta derramando por todas partes muchas flores y rosas, y las mejores yerbas que pueden haber para sus cámaras. Buscad todas cuantas flores y rosas pudieseis hallar por los jardines fuera de la Ciudad, y hareis un presente al Almiral, y enviarlo á las doncellas de la Torre. Y es tal costumbre que el primer cuévano es de la doncella que está juzgada

por mas hermosa, y el Almiral los ha mandado traer aquí, y vos os metereis en uno de aquellos cuévanos, y encima he de henchirlo yo de rosas, y así entrareis en la cámara de Blanca Flor, de esta manera cumplireis vuestro deseo. Y Flores le dió muchas gracias por ello diciendo: Por cierto, magnífico caballero, que con todo cuanto yo tengo no bastaria á pagar lo que por mí habeis hecho, no temiendo los peligros que se pueden seguir. Y así se despidió Flores del capitan de la Torre, y se fue para la Ciudad donde estaba su huesped Dario, que con grande deseo lo esperaba, por saber como le iba en su negocio, á quien Flores daba parte de todo lo que le pasaba. Y como venido el Domingo primero: dia de Pascua de flores, de buena mañana antes del dia, montó, y se fue para la Torre donde estaba el Capitan. El Capitan lo recibió con buena cara, diciendole: Señor, vos seais muy bien venido, que hoy es el dia que ponemos nuestras vidas en grandísimo peligro; pero por poner yo mi vida por un noble Caballero como vos sois, la doy por muy bien empleada. Estando los dos Caballeros en esto, entró un Caballero del Almiral que traia dos cuévanos de rosas para las doncellas, diciendo al Capitan de la Torre: Señor, el Almiral mi Señor me ha mandado venir con aquestos cuévanos de rosas para las doncellas, y manda que á ninguna de ellas les quiteis su derecho, segun merece, y así como por él está mandado. Y el Capitan lo recibió muy bien, y le dijo, que era contento de hacerlo así como su Señoría mandaba, y que se fuese con la bendicion del Criador.

De como el Capitan metió á Flores en el cuévano, para que tuviese lugar de hablar con Blanca Flor.

Despues el Caballero y los que venian con él fueron salidos de la Torre: el Capitan metió á Flores en uno de los cuévanos cubriólo de rosas, y mandóle subir á la cámara de Blanca Flor, la cual tenia una doncella que la servia, que se decia Glorisa, la cual como hubo acabado de subir el cuévano, metió la mano dentro de él, y encontró con Flores, y dió un grande grito diciendo: Jesus! que todas las otras lo sintieron, y fueron allá por ver que cosa podia ser; mas como la doncella era discreta, luego pensó lo que podia ser, por habérselo oido decir muchas veces à su Señora Blanca Flor. Y las otras doncellas demandaron á Glorisa, que por qué habia dado aquel grito? Y respondió: Iba à mirar las rosas, venia un Ro-

señor dentro de ellas, así como las llegué á mirar salió, y dióme en los pechos que me espantó: luego se volvió cada una à su cámara, y Glorisa se fué para su señora, y la dijo: Señora, salid de ahí, y vereis la cosa que mas amais en este mundo; Blanca Flor toda alterada le dijo: Bellaca, tú quiéresme dar enojo hoy dia de Pascua, que tal dia como este nacimos los dos: quieres renovar mis males? No hago cierto, señora, juro que es verdad. Viendo esto Blanca Flor, que asi lo afirmaba, fue à la cámara por ver si era verdad lo que su doncella decia, y como lo vido, cayó amortecida en tierra, y Flores la tomó presto en sus brazos, y asi estuvieron cara con cara por espacio de una hora, que no podia hablar el uno con el otro, tanta era la alegria de los dos; y como Blanca Flor hubo vuelto en sí, comenzo á decir: Flores, señor mio, quién os ha traido en esta Torre tan fuerte, que ser águila es mucho? Vuestra entrada ha sido peligrosa, la salida Dios sabe cuando será, ruega à mi Dios que sea como yo deseo. Aqui nos conviene tener mucho secreto, que si el Almiral lo sabe bien nos podemos aparejar à la muerte que no nos escusará sino solo Dios. Como quiera que Flores tenia en mas el alegría presente, que la pena que estaba por venir, confortaba à Blanca Flor, diciéndola: Señora mia, de vuestra pena se duele mi alma, que mi vida yo la doy por bien empleada, que cuando de España partí, hice cuenta de perderla por vos; y pues Dios me ha encaminado así, creo que nos sacará à mí y à vos de todo este peligro; mas una sola cosa os demando, Señora mia, por merced, si á vos place, que demos cumplimiento à nuestros amores. Como Blanca Flor vido la intencion de Flores, dijo, que era muy contenta si èl se volviese Cristiano, que ella era Cristiana, y èl Moro, y no le parecia que seria servicio de Dios. Y Flores fue contento de hacer lo que Blanca Flor queria de volverse Cristiano, y casarse con ella si Dios lo sacaba del peligro en que estaba con bien y sin peligro: y luego tomó por sus armas la señal de la Cruz. Y el segundo dia de Pascua de flores, estando Flores y Blanca Flor durmiendo, envió el Almirál por Blanca Flor, y en tocando el paje à la puerta, Glorisa le dijo, qué era lo que mandaba? Y el paje dijo lo que el Almiral su señor le habia mandado. Glorisa dijo al paje, que su señora Blanca Flor no era levantada, que no se sentia buena, mas que en levantandose, que iria à hacer reverencia à su señor. Como el Almiral supo que Blanca Flor estaba mala;

y como era la mas gentil de todas las doncellas que habia en la Torre, fue à la cámara de Blanca Flor, la cual halló abierta, y como entró dentro, hallo á Flores durmiendo en la cámara con ella, de lo cual el Almiral fue muy enojado, y de otra parte muy maravillado de como era entrado alli aquel Caballero, y salióse de la cámara, y mandó que supiese quien era, cómo se llamaba, y por donde habia entrado? Ellos dijeron, que era un Caballero de las partes de España, y que una madre que tenia, sabia las siete Artes liberales, que ella le habia metido allí. Entonces el Almiral les mando prender, y poner á buen recaudo, hasta que él mandase, ó determinase otra cosa.

De como prendieron á Flores y á Blaca Flor, y los mandaron quemar.

Mandó el Almiral que los tuviesen por bien guardados hasta que pasen la Pascua, y pasada la Pascua, los mandó traer delante de sí, y preguntóles cómo se llamaban, y ellos le dijeron, como habian nacido los dos el mismo dia primero de Pascua Florida, y como se habian criado juntos, y como Blanca Flor era hija de una muy hermosa cautiva Cristiana, y como la mucha conversacion, y continuo amor que desde nuestra niñez nos teniamos era tan grande, que forzado del mucho amor, he venido de España á buscarla, y estoy el mas contento hombre del mundo, aunque me haya de costar la vida. Viendo esto el Almiral, y las palabras que Flores dijera, y el gran atrevimiento que habia tenido, todo por amores de aquella doncella llamada Blanca Flor, mandó el Almiral que porque otro dia no tuviese tanto atrevimiento, que fuesen ambos à dos quemados, para que fuese egemplo para otros, y castigo para ellos. Y por darles mas tormento, y doblarles la pena y congoja, mandó que fuesen quemados vivos. Y asi los volvieron à las prisiones con muchos que los guardasen, para que otro dia los sacasen á quemar. Y como estuvieron en tanta agonía, Flores comenzó à esforzarse, y decir así à Blanca Flor: Noble Señora, ruegoos que no desmayeis, que pues Dios nos ha librado de mal hasta ahora: èl nos librará de aquí adelante, y que cuando los mandasen echar en la hoguera, que pidiesen por merced al Al-

miral, que ellos se entrarian mano á mano en la hoguera, que Dios les ayudaria por su gran misericordia, y así fue hecho. Como vino el tiempo que les querian meter en la hoguera, pidieron por merced al Almiral que los dejase, que ellos mismos se entrarian, y asi se tomaron de las manos y del anillo, y entraron por medio del fuego, y estuvieron mas de una hora sin recibir algun daño en sus personas. Cuando el Almiral, y los que con él estaban vieron aquello, se maravillaron mucho, y dijeron, que aquello debia de ser algun gran misterio, y el Almiral mandó, que los sacasen del fuego, y en sacandolos preguntó el Almiral á Flores: quién era? que no se lo negase, porque en su fisonomía parecia ser hombre de alto linage, al cual Flores respondió así: Sepa V. Señoría, que yo soy hijo del Rey Felice de España, y por el mucho amor que á esta Doncella tengo, he puesto en olvido las tierras del Rey mi Padre. Y cuando el Almiral le oyó decir que era hijo del Rey Felice de España, pesóle mucho de la descortesía que le habia hecho, aunque él no tenia culpa, y tomólo por la mano, besándole en la cara, y rogandole lo perdonase, que si él supiera que él era no lo enojara; y Flores le quizo besar la mano, pero el Almiral no lo consintió. Y luego fueron á Palacio, adonde les fue hecha mucha honra á Flores y á Blanca Flor por el Almiral, el cual deliberó escribir al Rey Felice, haciéndole saber, como su hijo era venido en Alejandría, y todo lo que le habia acontecido con él no conociéndolo.

De como el Almiral envió al Rey Felice de España un Correo.

Despues de hecho todo esto, pasaron muchos dias antes que el Correo viniese adonde estaba el Rey Felice, Padre de Flores, el cual estaba muy atribulado por la ausencia de Flores, el cual pensaba ser muerto despues que de ellos se habia partido, pues no habia sabido de él cosa ninguna, y tuvieron mucho placer de las nuevas que el Almiral les escribia. En este medio, Flores deliberó pedir licencia al Almiral para venirse á España á los Reinos del Rey su Padre: y estando un dia en un vergel tomando placer con el Almiral, Flores le dijo: Se-

ñor, si plughiese á V. Señoría darme licencia, yo queria ir á los Reinos de mi Padre, que ya es viejo, y no es de edad para poderlos gobernar sino con mucho trabajo. El Almiral dijo que era muy contento, y mirase lo que bien le pareciese para llevar à España; que él se lo daria muy liberalmente, y Flores le besó la mano, diciendo, que no queria si no su gracia, como hasta allí la habia tenido; y él se apercibió de seis Naos en que pasasen Flores y Blanca Flor à España, bien proveidos de las cosas necesarias para la mar. De allí à cuatro dias Flores y Blanca Flor comenzaron de aprestarse para embarcarse, y fueles à acompañar el Almiral hasta el Puerto con muy doble compañía.

De como se embarcaron Flores y Blanca Flor, y de la tormenta que pasaron en la mar.

Como fueron engolfados en el mar, se movió un viento contrario, y juntamente con él la mar muy alta, que no habia Naos ni carraca que lo pudiese comportar. Y corrieron tormenta dos dias con sus noches, y al fin del tiempo, el capitat de la Nao con sus marineros hubieron su consejo, y deliberaron descargar la Nao, y cortarla el arbol, porque la Nao no lo podia sufrir, que se abria con la gran fortuna, porque no quisieron hacer cosa ninguna, hasta hacerlo saber á Flores, el cual les era muy encomendado por el Almiral: y dijéronle, que con la gran fortuna habia perdido toda la demas companía, y que era lo que á su Senyoria le parecia? Y él preguntó al Patron de la Nao, qué era lo que le parecia de aquello? El cual dijo, que para restaurar su vida no habia otro remedio, si Dios no le enviaba, sino era cortar el arbol de la Nao. Y Flores dijo que hiciese aquello que mas á servicio de Dios fuese, y á provecho suyo, que para aquello no les cumplía demandar licencia, sino que ellos hiciesen lo que bien les estuviese, solamente que escapasen con las vidas; y ellos lo pusieron luego por obra. Y estando ellos en aquesto mas muertos que vivos, así los Marineros, como otra cualquier gente, quiso nuestro Señor Dios que llegasen á una Isla donde habia muy buen puerto, como fueron llegados en él, los Marineros dieron por consejo á Flores, que se

saliese de la Nao con toda su compañia, porque estaba toda cubierta, y podia estar bien en aquella Isla, en la cual no estaria seguro mientras durase la fortuna, y que despues adobarian la Nao. Y luego Flores mandó echar las barcas á la mar, y mandó sacar todo cuanto en la Nao habia, y asi salieron á la Isla, en la cual no habia habitacion ninguna, pero habia muchos animales salvages, como eran ciervos y cabras monteses, y otras muchas salvaginas. Y apenas estuvieron fuera de la Nao, cuando se hundió, que no parecia sino la gavia; y así estuvieron un gran tiempo Flores y Blanca Flor con toda su compañia en aquella Isla, que no comian sino carne de aquellas bestias salvages: y verdad es, que habia muy buena agua. Estaba un dia Flores pensándo como no tenia remedio, salvo vivir con mucho trabajo, y dijo Blanca Flor; Señora mia, ya sabeis en cuantos trabajos somos puestos por nuestros pecados: yo creo que vuestra Ley es buena, y verdadera: que Dios por su santísima clemencia siempre nos ha oido, y ayudado en nuestras necesidades, de las cuales le ha placido sacarnos; y si á vos, Señora mia os place de rogar á Dios nos quiera dar remedio para que podamos ir á las tierras del Rey mi Padre salvamente, que no muriesemos aquí en esta Isla salvage, ellos y nuestra compañía, así fue ordenado por los dos Flores, y Blanca Flor, y los que con ellos estaban rogasen á Dios les quisiesen dar alguna via de salvacion, porque no pereciese tanta gente; y quisó Dios nuestro Señor aceptar su rogativa, que luego que hubieron cada uno acabado sus devociones, vieron venir una Nao, que venia de Alejandría, la cual por la gran fortüna que le habia seguido, llegó á la Isla dónde Flores y Blanca Flor estaban; y cuando estuvieron cerca del Puerto, lós que venian en aquella Nao saltaron en tierra por hacer carruage para la Nao, y hallaron á Flores y Blanca Flor con toda su gente allí cerca del Puerto, de lo cual fueron muy maravillados: pero cuándo supieron como eran venidos, dieron gracias á Dios, que tanta gracia les habia hecho, que habian restaurado las vidas. Y Flores rogó á los Marineros que quisiesen meterlo en la Nao para hablar con el Patron, y ellos lo hicieron con buena voluntad. Y así entró Flores en un bagel para ir á hablar con el Patron, y contóle todo lo que le aconteció, y dijo, si queria pasar á él, y toda su gente en su Nao á Alejandría, que le pagaria muy bien, á lo cual respondió el Patron y dijo: Señor, mi Nao es pequeña, y va muy cargada, y no habia lugar para

ir tanta gente, sino descargasemos de la mercadería, para hacer lugar en que V. Señoría pudiese ir. Viendo Flores, que el Patron estaba en buen proposito, dijo así: Señor Patron, dejad la mercadería, que la que valiere ciento, ya os daré doscientos, y de lo que valiere mil, yo os daré dos mil, y no os haga duelo la mercadería, que yo os lo pagaré mas de lo que vos podriades vender. Y luego descargó el Patron su mercadería, dejó seis hombres para que la guardasen, bien proveidos de todas viandas, y de lo que habian menester. Y así se embarcaron Flores y toda su gente, y plugó á nuestro Señor, que le hizo tal viento, que en pocos dias fueron en Alejandría. Y cuando fueron llegados allí, Flores envió un correo al Almiral del Cairo, haciéndole saber como por el mal temporal eran perdidas las Naos que él habia dado, y como era venido en Alejandría. Como el Almiral vido las cartas de Flores, luego mandó que cavalgasen con èl todos los que allí se hallaron. Y como fué cerca de Alejandría, Flores le salió á recibir, y el Almiral le recibió muy bien, y Flores se apeó para besar las manos al Almiral; pero èl no consintió, antes mandó que volviesen à montar luego, y que nó se le diese nada de lo perdido, que natural cosa es à los hombres perder lo ganado; pero que tomase placer, y que no le pesase de ninguna cosa, que todo se remediaría con la ayuda de Dios. Y luego mandó el Almiral armar cuatro Naos gruesas las mejores que se pudieron hallar, y dióles cumplidamente todas las cosas necesarias. En este tiempo Flores se holgó con su muger quince ó veinte dias en Alejandría; y cuando el Almiral fué á punto, el Almiral le dijo à Flores: Cuando quisieredes iros, todo está prevenido. Aquesto dijo el Almiral à Flores porque conocia que estaba congojoso por irse à sus tierras: y como Flores le oyó, dijo, que cuando su merced lo mandase; y luego à el otro dia comenzaron á embarcarse.

De como Flores partió de Alejandría y vino á España, y se volvió Cristiano.

Estando aparejado y toda su compañía embarcada, embarcaronse Flores y Blanca Flor luego por la mañana, y à las dos horas se levantó un amoroso levante, hicieron vela, y Dios nuestro Señor les dió tan buen tiempo, que dentro de dose

dias llegaron á el puerto de Cartagena, y luego Flores mandó á todos los de las Naos, que diesen gracias à Dios que á tan buen Puerto les habia traido. Y estando Flores en Cartagena, escribió al Rey Felice su Padre, como era venido de Cartagena, y como era Cristiano, diciéndole, que si su Alteza queria que èl le tuviese por Padre, que èl y la Reina su Madre se habian de volver luego Cristianos, y si eso hiciesen, los obedeceria por Padres; y al contrario haciendo, me pueden tener por enemigo. Y cuando el Rey, y la Reina vieron las cartas de Flores su hijo, fue tan grande el placer y alegría que con ellas recibieron, por cuanto no tenian hijo ninguno si no á él que pudiese heredar el Reino, que luego á la hora, por complacerle, se convirtieron à la Fé de Jesucristo, y luego fueron jurados por Príncipes herederos Flores y Blanca Flor; los cuales al cabo de un año tuvieron un hijo, que fue llamado Gordino, el cual fue jurado por Rey de España despues que su Padre fue Emperador.

DE COMO DESPUES DE LA MUERTE DEL REY Felice, Flores fue Rey de España, y dejó á su hijo Gordino Rey en ella, y èl fue à ser Emperador de Roma.

Como el Rey Felice fue muerto, succedió en el Reino su hijo Flores, y à este tiempo murió el Emperador de Roma, y no quedó en el Imperio heredero algüno que de buen derecho viniese, salvo à Blanca Flor que era hija de Micer-Persio, por donde en el Imperio habia muchas tribulaciones de guerra, y por ser Blanca Flor muger, muchos del Imperio no querian recibirla por Señora, por cuya causa tenia gran division. Y despues que Flores, y Blanca Flor hubieron estado seis meses, deliberaron ir en romeria à ganar el Santo Jubileo en Roma, y tomaron cien Caballeros de los suyos, y así partieron. Como ellos estuviesen à cuatro jornadas de Roma, Flores envió á decir al Santo Padre, que èl y su muger Blanca Flor iban à ganar el Jubileo; que le suplicaban à su Santidad les mandase dar un aposentamiento para ellos, y para su gente donde mas fuese servido. Y como el Santo Padre vido las cartas, tuvo mucho placer de su venida, y mandó que les die-

sen muy cumplidamente todo lo que hubiesen menester. Y luego el Santo Padre envió por todos los Caballeros y nobles hombres del Imperio, haciéndoles saber, como Flores, Rey de España, y Blanca Flor su muger venian à ganar el Jubileo: á los cuales de buen derecho venia el Imperio, como ellos bien sabian, por lo cual los rogó á todos los recibiesen por su Señor, y como mas propinquos de la Corona Imperial, pues que lo es. Acordaron todos los Romanos, y dijeron, que en Roma habia un Caballero muy antiguo, y muy honrado, y de muy alta sangre, y que darian por hecho lo que aquel hiciese, y llamabase aquel Caballero Micer-Colona, el cual determinó, que pues no habia herederos mas cercanos á la Corona Imperial que eran Flores y Blanca Flor, ni quien mejor la pudiese defender que ellos, que se la diesen: porque aquello era lo que convenia para la paz y seguridad del Imperio, y que quien otra cosa pretendiese le fuese quitada luego la cabeza. Y asi fueron recibidos de todo el Senado Romano, y alzados por Emperadores del Imperio Flores y Blanca Flor, los quales vivieron en èl muy virtuosamente, y fueron muy amados de todos sus vasallos, y aumentaron la Fe de Jesucristo, y dejaron à Gordino su hijo por el Rey, el cual gobernó muy bien sus Reinos de España, y fue muy Católico y bien quisto, así con los grandes Señores, como de todas las demas gentes. Dios nos deje acabar en su santo servicio, y conducirnos à la Region de los justos. Amen.

FIN.

MANRESA:

IMPRENTA DE PABLO ROCA.

Año 1840.

